14

SEMBLANZAS

CONTEMPORÁNEAS,

POR

EMILIO CASTELAR.

HABANA.
Establecimiento tipográfico de La Propaganda Literaria,
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.
1871.



PROPAGANDA LITERARIA

LEON GAMBETTA.

LEON GAMBETTA.

¡Leon Gambetta! Pocos hombres habia tan desconocidos en Paris allá por los años de 1856, en que yo arribé al seno de la gran capital, náufrago de una revolucion malograda. Bien es verdad que á la sazon tenia veintiocho años escasos, y el imperio amordazaba aún la libertad, en términos que no se ofrecia coyuntura propicia á un talento, cuyo principal órgano era la palabra, de revelarse en todo su esplendor. Recuerdo una entrevista que tuve dos años más tarde, por Junio de 1868, con el ilustre orador republicano Ledru-Rollin, allá en su retiro de Lóndres. El jefe de la democracia francesa se hallaba tan instruido de todos los hechos pasados en las últimas revolucio-

el cielo, y andar con paso firme y seguro por tierra.

Como su nombre indica, Leon Gambetta es de orígen italiano. Su familia proviene de Génova, y se estableció en las provincias del Mediodia de Francia, donde el gran orador naciera en 1838. Su orígen italiano se revela en la profundidad del talento político que posee. Su orígen meridional en la vívida elocuencia que le adorna. En edad bien temprana comenzó á cursar la facultad de Derecho en la Sorbona. Allí su alma varonil, ádquiriendo los conceptos fundamentales de la Justicia, adquirió tambien amor invencible á la idea que es su esencia, á la idea de libertad. Bajo la máquina pneumática del Imperio le era imposible respirar. A romper esa máquina dirigíanse todos sus esfuerzos. No habia manifestacion estudiantil con carácter político que no fuera presidida y animada por Gambetta.

Un dia, merced á los esfuerzos combinados del Príncipe Napoleon, del Conde de Morny, de Emilio Ollivier, ocupa Ernesto Renan la cátedra de Hebreo en el Colegio de Francia. Ya por su Historia de las Lenguas Semíticas, por su libro de Averroes y el Averroismo, por algunos artículos publicados en periódicos y en revistas, conocíanse las ideas filosóficas de Renan y sus conceptos sobre la divinidad de Jesucristo. Los Jesuitas, que rodeaban al Emperador, y sobre todo, á la Emperatriz, se alarman, levantan grande oposicion por el centro de sus intrigas, por los

salones de la Córte. Gabinete del Emperador, gabinete de la Emperatriz, Cuerpo Legislativo, Senado, Academia, córte del Príncipe Napoleon, córte de su hermana la Princesa Matilde, todas las cumbres de mundo imperial se conmovian como las montañas agitadas por los terremotos. Ernesto Renan, miéntras tanto, apercibíase á negar sereno la divinidad de Cristo en el discurso de Introduccion al estudio de la Lengua Hebrea. La Iglesia trataba de conjurar esta terrible amenaza con toda suerte de conjuros. Mas como quiera que el Imperio trataba de conservar un equilibrio verdaderamente inestable entre la autoridad y la democracia, entre la Iglesia y la filosofía entre los antiguos y los modernos tiempos, Renan fué por el Imperio instalado en su cátedra de Hebreo.

Las cóleras del clero se arremolinaron como pavorosa tromba en torno de aquella cátedra. Una inmensa conjuracion eclesiástica se proponia ahogar la palabra en labios del orador, en el momento mismo en que el orador la pronunciase. Renan habia escrito su discurso, y lo llevaba rollado en la mano. Un trueno de gritos, de vociferaciones, de silbidos, de golpes en los bancos, de injurias indecibles, acogió la aparicion del orador. Pero detrás de él, encaramándose en hombros de la multitud, cayendo casi en el hemiciclo sobre otros cuerpos allí amontonados, entra un jóven estudiante, cuya cabellera, negra como el ébano, caida en largos rizos sobre las anchas espaldas, llamó por extremo la atencion del acongojado profesor. Pa-

recióle, por su traje, por sus modales, por algunas palabras que le oyera, parecióle aquel estudiante un aliado. Renan le miró, y el ojo único de Gambetta, ardoroso, chispeante, lleno de luz, brilló ante el filósofo como faro que le anunciaba algun refugio, alguna esperanza en la deshecha tormenta. No salió fallida esta esperanza. Gambetta sostuvo al maestro. Su estentórea y prodigiosa voz calmó cien veces el tumulto. Y aún alguna vez los hercúleos puños fueron como en auxilio de su voz. Merced á esfuerzos del pulmon, á esfuerzos de los brazos, al ascendiente que el valor ejerce, al magnético influjo que tiene la palabra, Gambetta aplacó el tumulto de los clericales y salvó la leccion de Renan. El profesor no volvió á su cátedra, suspensa de órden imperial, por haber negado audazmente la divinidad de Cristo. Pero no olvidó jamás el audaz valor del salvador estudiante.

Gambetta ha tenido en toda su vida fanático entusiasmo por la libertad de pensar. La cáusa de los progresos políticos júzgala indisolublemente unida á la nobilísima cáusa de los progresos científicos. A esta creencia de toda su vida une culto ferviente por la filosofía, por la historia, por el arte sobre todo. Se vé en su conocimiento de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, que es de la raza privilegiadísima, semi-helena, semi-latina, que ha construido el Panteon y que ha ornado el Planeta con los tipos inmortales de la Vénus de Nilo y del Apolo del Belvedere. Yo me acordaré siempre de un paseo con Gambetta por

las espléndidas galerías de nuestro Museo de Madrid. Imposible conocer las escuelas con más profundidad, calificarlas con más acierto, seguir más fielmente á los maestros en su vida, los cuadros en su historia, el arte en su filosofía. Parecíame un contemporáneo de todas las épocas artísticas, un amigo de todos los hombres ilustres, un colaborador en aquellos cuadros, que él iluminaba con los arreboles de sus ideas. Esta vastísima y sintética concepcion de la vida, le lleva á culto exaltado por el pensamiento, y este culto exaltado por el pensamiento, á un fanatismo sincero por su libertad en la indagacion y en la ciencia.

Jóven de tal temperamento, podia con dificultad avenirse á la carrera señalada por su familia. Suelen las familias de las provincias francesas, como las familias de las provincias españolas, creer que tendrán el hijo de más talento adherido por siempre al hogar si le obligan á seguir la carrera eclesiástica. Impidiéndole fundar una nueva familia, ¿qué ha de hacer sino apoyar la casa paterna, adherirse á sus paredes? Así, naturalezas inquietas, nacidas para el mundo; almas audaces, propias para cruzar los celajes del pensamiento moderno; corazones que se desbordan y que necesitan espaciarse en el seno de la familia, se ven, al sentir la primera pasion, los primeros impulsos de sus afectos ó de su mente, parar por votos solemnísimos, en tumba anticipada, al pié de los altares, bajo las bóvedas de la Iglesia. De aquí crueles dolores, grandes desgracias, catástrofes morales, tragedias terribles que suelen tener

por teatro un cerebro á toda comunicacion cerrado, un pecho silencioso, un alma yerta. que acaricia durante toda la vida, como única esperanza, el sueño de la muerte.

Un jóven del impetuoso carácter de Gambetta, y de su talento positivo, no era idóneo para la carrera eclesiástica. Imaginaos á Magallanes convertido en cartujo, y obligado á orar de hinojos sobre la tierra cavada en su venidera sepultura, cuando el pensamiento inquieto, el ánimo audaz le incitan á los largos viajes, á las contínuas aventuras, á descubrir nuevas tierras, á luchar furioso con los vientos y con las tormentas. Gambetta se moria, pues, de pena y hastío en el Seminario, repulsivo á su fé, repulsivo á su carácter, repulsivo á toda existencia.

Uno de sus biógrafos, Víctor Cosse, cuenta la anécdota que sigue respecto á la juventud del Dictador. Yo no puedo comprobar su veracidad, porque á pesar de haber oido á Gambetta largas relaciones de su vida en nuestras contínuas entrevistas, nunca le oí referir esta anécdota, que repito y que por lo original y extraña merecia ser con preferencia referida. Todo el mundo sabe, y ya lo he dicho yo, que Gambetta es tuerto. Un ojo de cristal acompaña á su vívida y luminosa retina, que relampaguea con extraordinario brillo. Cuando la pasion le inspira ó el pensamiento le posee; cuando las ideas caen, como catarata sonante, de sus lábios entreabiertos por la sublime agitacion de la elocuencia, Gambetta entorna los párpa-

dos sobre el ojo sano, y sólo mira á su auditorio, sólo mira á su adversario con aquella retina fija, inmóvil, siniestra, cuya tranquilidad contrasta con el sublime torbellino de su palabra, que mueve, y anima, y agita, y encrespa á todos cuantos le rodean, como sólo sabe agitar en el mundo la elocuencia. Imaginaos una estrella inmóvil en las trombas del caos.

¿Cómo perdió Gambetta el ojo? Aquí la anécdota contada por Víctor Cosse. Gambetta se ahogaba en el Seminario, y para salir de aquel intolerable encierro, escribióle una carta á su padre diciéndole, que ó le abria las puertas de la prision, ó se saltaba un ojo. El padre no le hizo caso, y Gambetta se saltó un ojo. La indignacion de la familia fué tan grande, que le agravó la pena, y le dijo renunciara á ver terminado su cautiverio. Entónces Gambetta escribió que se saltaría el otro ojo. El padre se apresuró á darle la libertad. Gambetta se quedó, pues, tuerto, y estuvo en gran peligro de llegar á ciego.

Ignoro si la leyenda se apodera hasta de los hombres que viven; ignoro si les exalta la fantasía como á los héroes antiguos hasta convertirlos en mitos. Pero si el biógrafo ha querido dar una idea de la entereza del jóven, no lo habia menester; bastaba toda su existencia. Esta alma tormentosa retorcíase y bramaba en la oscuridad. El renombre, la fama le eran, como la luz á la planta, como el aire al ave, de todo punto indispensables. Y las instituciones imperiales, con su abrumador silencio, con su abominable tiranía,

le sepultaban tristemente en las sombras. Cuántas veces allá, en las tribunas reservadas del Cuerpo Legislativo, inclinado sobre el antepecho, seguia absorto las grandes discusiones, impaciente por bajar á la encendida arena, donde el porvenir le tenia reservado triunfos que retardaba el despotismo del Imperio. Por eso todas las ideas de su mente, todos los afectos de su corazon, todas las cóleras contenidas en su hígado, se concentraban como espesa nube en esta aspiracion única: destruir el Imperio, para destruir con él todas las cadenas que pesaban sobre el impulso ascendente de las generaciones hácia la vida, hácia la luz, hácia el derecho.

Las instituciones pesaban horriblemente. A manera de eterna espesa noche, impedian todo crecimiento de las almas. Los periódicos sólo eran permitidos á los amigos fieles y á los enemigos académicos. Una sociedad era un crímen. Las reuniones de más de veinte personas se castigaban como la conjuracion. Los libros destinados á recordar la antigua virtud y la libertad antigua, no recibian el *colportage*, la autorizacion para ser vendidos en la vía pública y por los vendedores ambulantes. Las cáusas civiles iban á parar á manos de los abogados amigos del Imperio, por que los enemigos solian perder los pleitos. Los procesos de la prensa verificábanse á puerta cerrada. Las reseñas estaban prohibidas, y mucho más la publicacion de los discursos. Ni temas literarios podian escoger para dar vuelo á la idea y alimento á la pa-

bra los grandes oradores. Más implacable que el cesarismo antiguo, el modermo cesarismo cre a oir en cada eco una alusion á la libertad muerta y al despotismo reinante. Por todas partes, y en todas direcciones, el espíritu humano chocaba con aquellas barreras infranqueables, con aquellos estrechos límites que no le permitian tener esa difusion rápida, universal, que como los rayos del sol, necesita.

La jóven generacion era de todo en todo opuesta al Imperio. Ella no conocia los excesos de la libertad, y tascaba el freno del despostimo con verdadera impaciencia. En esto, Europa sobrecogida y atónita sabe que una monarquía acababa de caer en España y que un pueblo muerto se acababa de incorporar en su sepulcro. La revolucion española de Setiembre cáusa un estupor tan grande como el estupor que causara la revolucion española de 1820, cuando la Santa Alianza creia haber amordazado toda Europa y haber suprimido todos los pueblos bajo los tronos de todos los reyes. Paris, más sensible que ninguna ot a capital á estas grandes transformaciones del pensamiento moderno; Paris se agita con profundísima emocion. El recuerdo de la libertad perdida, la ilusion de la república muerta, vienen á sus ojos entre nubes de lágrimas y sangre. El nombre de Bandin, víctima del golpe de Estado, mártir de la república, diputado muerto en una barricada, por defender la ley contra los pretorianos, su mandato contra el César; ese nombre vibra en todos los lábios. Los periódicos re-

publicanos abren una suscricion para elevar á Baudin perenne monumento. Las proclamas que encabezan esta suscricion, llenas de elocuente ira, alarman al Gobierno imperial. A las proclamas siguen manifestaciones en los cementerios. Un gran proceso, un proceso político, en el cual podrán hablar libremente los oradores, en el cual podrán ser taquigrafiadas, escritas, publicadas, leidas las grandes oraciones; un proceso ruidosísimo se abre. Gambetta recibe de parte de los procesados el encargo de la defensa. Su oscuridad iba á pasar. El génio iba á romper la nube en que lo envolvia el despotismo. Francia iba á encontrar el acento de su antigua tribuna unido al espíritu de la revolucion contemporánea. La palabra de la nueva época se hizo hombre en el orador extraordinario. Desde aquel punto, la nueva idea tenia su personificacion, que se llamaba Gambetta. La sociedad es como la naturaleza: no crea los séres sino para grandes fines y cuando los necesita.

Nadie ha olvidado aquella escena del proceso contra los suscritores y los manifestantes en loor de la memoria de Baudin. Las cercanías del Palacio de Justicia estaban henchidas de gente. La ansiedad era general. Todos los periódicos habian mandado sus cronistas; todos los partidos sus testigos. La voz de Gambetta sonó como si el Sinaí de la revolucion volviese á surgir entre las cenizas arrojadas por el Imperio sobre París. Jamás se acusó de una manera tan viva á un tirano reinante. Por lo rudo del lenguaje

por lo vivo de la idea, por lo viril de la elocuencia, por el golpe repetido y contundente, por lo acerado, parecia su discurso el apologético de Tertuliano contra los Gentiles y á favor de los mártires. Baudin representó el admirable papel de una sombra evocada para encubrir con la santidad del sepulcro, y con los misterios de la muerte, la acusacion al César, que fué cogido por los cabellos y arrastrado desde su trono sobre montones de ignominia hasta las plantas de los tribunales, como reo de la eterna justicia en que deben eternamente inspirarse las leyes y los magistrados que las leyes aplican. El presidente varias veces tendió la mano á la campanilla para interrumpirle; pero lo retenia el torrente impetuoso de aquella elocuencia. Era, además, de una demostracion tan clara que Baudin habia muerto en defensa de la ley, miéntras su verdugo coronado habia roto las leyes todas, que el juez bajaba la cabeza al peso del justo anatema expresado con la concesion de Tácito y la severa majestad de los profetas. Por boca de aquel hombre hablaba toda una generacion perseguida, ahogada, puesta desde el nacer en los tormentos, descoyuntada en sus facultades más esenciales, que habia venido con grandes aspiraciones y con las ideas de su siglo, para encontrarse todos los caminos á la luz cerrados, todas las cadenas del antiguo régimen de nuevo forjadas, y ser, en vez de una legion de ciudadanos, una vil turba de esclavos. Los dolores que habia sufrido; el frio de su oscuridad caliginosa;

la aspiracion á manifestarse contrariada por todas las instituciones; las dudas que le coronaran de espinas; los sentimientos generosos ahogados como crímenes en el pecho; la nobilísima ambicion de vivir en el seno de una Francia libre, digna de su prosapia y de su historia, casi ahogada por un Cesarismo de Bajo Imperio; todos estos infinitos pensamientos tuvieron como un consuelo supremo en aquel discurso, que fué la primera intimacion de las jóvenes generaciones al decrépito Imperio.

Cuando hubo acabado el discurso, nadie se engañó sobre su trascendencia. Paris entero vió brillar en esas ideas los albores de la República. La prensa sólo tuvo una voz para el elogio. Las fronteras todas abrieron paso para derramar ese nombre ilustre, en un sólo dia, por todos los pueblos. Unas elecciones generales siguieron al proceso. Gambetta se dió á ganar votos y corazones para su cáusa con aquella persuasiva y deslumbradora palabra, que recordaba la elocuencia dantoniana. Paris le aclamó y le dió veintisiete mil votos. Marsella le aclamó tambien y le dió gran número de sufragios. Sus fórmulas fueron las fórmulas del nuevo movimiento político. El inventó la palabra que debia expresar una política; él inventó la palabra que debia traer una revolucion; él dijo la fórmula de las nuevas luchas con el Imperio; él llamó á su oposicion, la oposicion irreconciliable.

Una fuerte laringitis le tuvo algun tiempo postrado, hasta el punto de serle imposible participar de la

lucha en el Cuerpo Legislativo. Mas respuesto un poco, su gran campaña fué la campaña contra el ministro verdaderamente último del Imperio, contra el antiguo republicano convertido al cesarismo. Emilio Ollivier vino con la palabra libertad en los labios, pero con el propósito de falsear la libertad en el pecho. Para aquellos que sólo miran la superficie de las cosas públicas, la conducta de Ollivier era clara y perfectamente ajustada á todo su ideal. Para los que creemos en la virtud de las obras, en la accion, la conducta de Ollivier era una série de engaños alimentada en otra série de sofismas.

Creyó haber emancipado la prensa cuando la entregó tristemente á los tribunales, que por mal nombre se llamaban populares, se llamaban jurados, y eran hechura de los prefectos. Creyó haber renunciado á la corrupcion electoral, y no abrogó el artículo 75 de la Constitucion del Año VIII, mediante el cual son los agentes de la autoridad irresponsables como reyes, y por ende omnipotentes como dioses. Creyó haber puesto un freno al poder personal, y el poder personal le obligó tristemente á empeñarse en grave proceso de la prensa, á cuyo término debia preveer una gran catástrofe en el parlamento y una procelosa agitacion en las calles.

Pero todos estos hechos se relacionan con el hecho que más perturba el gobierno de Ollivier, con el asesinato cometido por el siniestro príncipe Pedro Bonaparte en la persona de un jóven escritor, en la persona de Víctor Noir.

El príncipe Bonaparte, recluido en la prision que ilustraron las desgracias de los Girondinos y de María Antonietta, tiene de su raza las pasiones desordenadas, la inquieta ambicion, el espíritu altivo, el carácter guerrero, la mezcla informe de ideas monárquicas y sentimientos republicanos, la necesidad imprescindible de las aventuras, y á veces hasta de las tragedias. Napoleon el Grande fué siempre un grande actor. En todos los trances de su épica vida estudiaba las actitudes, las palabras, la sonrisa, el gesto, entendiendo sin duda que á las monarquías solamente les resta lo teatral en nuestro siglo.

Su sobrino Pedro Bonaparte es un aventurero. Hijo del segundo matrimonio de Luciano, hermano de otro príncipe que ha llevado algo de su misma exaltacion y de sus mismos extremos á la Iglesia, Pedro Bonaparte es un aventurero de la guerra. De muy jóven sedujo á una niña, mató á los parientes de la seducida que iban á pedirle satisfaccion y á los gendarmes que iban á prenderle.

Forzado á salir de los Estados romanos por semejante aventura, recorrió la Grecia y el Oriente. En estos pueblos, donde la sangre se exalta con los ardores del clima y la imaginacion con los ardores de los recuerdos, tomando la fantasía algo de los tonos calientes del paisaje, el príncipe se dió sin freno á su pasion por las aventuras, como si en vez de ser una persona en carne y hueso, fuera un héroe engendrado por las sublimes fiebres de Lord Byron.

La revolucion de Febrero vino, y por culpa de los demócratas, que habian restaurado la leyenda napoleónica, los Napoleones, los asesinos de la antigua República francesa, se encontraron como en su casa en la nueva República francesa que debian tambien destrozar. El príncipe Pedro acudió con todos, y como todos, fué nombrado representante en la Asamblea que confundía el nombre de los Bonapartes con el nombre de sus propios derechos. En la Asamblea no se distinguió por su lengua, sino por sus manos. Abofeteó, en sesion pública, á un diputado; sí, á un diputado anciano. Luego, cuando los rumores del golpe de Estado corrian, cuando se anunciaba la hazaña realizada más tarde, el 2 de Diciembre, Pedro Bonaparte se puso bajo las órdenes de los montañeses y les anunció, jurándolo sobre un puñal, que seria capaz de matar á su primo como Bruto mató á su padre.

Luego, cuando ascendió el pariente que designaba por su víctima al trono, pasó á formar parte de su corte. Pero como se casara con una trabajadora del célebre barrio de San Antonio, del barrio republicano, el orgulloso César le siguió pagando su pension, pero le prohibió volver á la Corte. Retirado en Anteuil, donde la vejez y las enfermedades habian de consuno agriado su carácter, en cuanto la prensa fué libre, consagróse á luchar en la prensa con los enemigos de su familia. Estos arrebatos de ira, esta exaltacion de temperamento, esta repugnancia á las contradicciones,

le perdió y le arrastró á cometer el asesinato que hiriera mortalmente el corazon de su familia.

El entierro de Víctor Noir, el asesinato, pudo ser cáusa de hondísimas perturbaciones en Paris. La imaginacion del pueblo francés, ansiosa de impresiones siempre, y mortalmente enemistada con el Imperio, habia cogido esa solemnidad como ocasion de nuevas protestas. La concurrencia era inmensa y se apiñaba en torno de un ataud. Quien no haya habitado una ciudad de dos millones de almas, no puede comprender cómo vomita gentes, muchedumbres sobre cualquiera de estos extraordinarios espectáculos. Muchos de los concurrentes iban por curiosidad, muchos por entusiasmo, y no pocos por buscar el momento supremo de una de esas revoluciones que han cambiado, con la faz de Francia, la faz de Europa entera.

En la Redaccion de *La Marsellesa* habíase tratado el grave asunto de si convenia ó nó suscitar una revolucion. Para suscitarla, era necesario entrar en el centro de Paris, atravesar los boulevares, unir á las cien ó doscientas mil almas que se aguardaban, las infinitas que fluyen por todas las encrucijadas de una gran ciudad, y que hiciera Paris, con el cadáver del jóven republicano, algo de aquella maravillosísima escena de Shakespeare en que Antonio presenta al pueblo el cadáver de César. Todo estaba calculado. Si el cadáver entraba en Paris, la revolucion era cierta. Si no entraba, reduciríase todo á una ceremonia solemnísi-

ma, pero á una ceremonia pacífica. La familia recibió y aceptó el consejo de llevar los despojos mortales de Noir al cementerio de Neuilly, que es uno de esos barrios, medio urbanos, medio campestres, vecinos del bosque de Boulogne, y donde la vida es gratísima, porque el aire puro sostiene la salud del cuerpo, y el silencio y el reposo la salud del alma. La familia, repito, decidió que el cadáver fuera conducido al cementerio de Neuilly. Los impacientes se opusieron, porque deseaban llevar en triunfo el cadáver hasta Paris y enterrarlo en el cementerio del Padre La Chaise, panteon de tantas ilustres glorias. Pero semejante viaje era en realidad un viaje á la revolucion.

Rochefort, el héroe de las muchedumbres, se encontraba naturalmente en el entierro de su compañero de redaccion. Su propia conciencia le decia que una revolucion empeñada en aquellos momentos, podria ser fatal á la libertad. Y acudió, no solo para rendir homenaje al muerto, sino para evitar un extravío á los vivos. Durante la fúnebre procesion, se empeñó una lucha sobre si el cadáver debia ir al Cementerio del Barrio ó al Cementerio de la ciudad. Rochefort trabajaba para evitar este segundo extremo, pidiendo, instando, ya desde los balcones de la casa donde se reunia el duelo, ya al pié del carro fúnebre, ya en las puertas del Cementerio, como queriendo rescatar antiguas imprudencias con este acto de loable cordura. Auxilióle mucho en su empresa el Di-

rector del *Reveil*, Delescluze, que tiene sobre las muchedumbres grande ascendiente por su carácter sin debilidades y su historia sin manchas.

Después que hubo confiado el cadáver de su amigo á la tierra, encaminóse Rochefort, acompañado de inmensa muchedumbre, por la Avenida del gran Ejército hácia el Cuerpo Legislativo. Al llegar á los Campos Elíseos, la multitud era tanta, que parecia un rio fuera de su cáuce. El gobierno habia apostado muchas trópas, concentrando sobre Paris todos los acantonamientos militares. Los gendarmes, de guardia ante el antiguo palacio de la Industria, cerraron el paso al coche del diputado que se dirigia al Cuerpo Legislativo. En vano invocó su carácter, en vano el imperioso deber que á la representacion nacional le llamaba; fué tenazmente rechazado y tuvo que dar un rodeo para llegar á la sesion donde los diputados, circuidos por muchos destacamentos, aguardaban el desenlace del entierro. Ninguno de los individuos de la extrema izquierda habia asistido, y yo creo que debieron asistir todos. Las emociones sufridas por Rochefort fueron de tal suerte intensas, que se desmayó, costándole mucho á sus amigos devolverle el sentido. Cuando entró en la Cámara, después de tantas tragedias, volvió á lanzar sobre sus enemigos los Bonapartes uno de esos gritos de indignacion que parecian como la voz de una época y como el rugido de un pueblo.

No es mucho, que poseido de tan grande sobreex-

citacion, escribiera aquel mismo dia un artículo severo y elocuentísimo contra los Bonapartes. Pero sí es mucho que el ministro de Justicia pidiera inmediatamente autorizacion á la Cámara á fin de procesarle. Estas cuestiones de autorizacion produjeron debates calorosísimos. Para cortarlos, el ministro los aceleró. Gambetta, que deseaba intervenir en ellos, se sintió herido, y como el ministro usase respecto á él de frases no muy corteses, le provocó á una especie de duelo oratorio en que llevó todas las ventajas. Como el presidente le llamara al órden, Gambetta le contestó: "Llamad, Sr. Presidente, al ministro á la honra." El gran periodista Girardin, al hablar de la conducta seguida por Ollivier, procesando al escritor y al diputado, escribió estas ó parecidas palabras: "Callemos, porque siempre el dolor más profundo es el dolor más silencioso."

Por Marzo de 1870, sucedió una desgracia inmensa á Ollivier: la sentencia absolutoria del Príncipe Bonaparte, que causó una impresion de hondísimo disgusto en toda Francia. La vida humana estará siempre insegura en una sociedad donde un hombre pueda impunemente matar á otro tan solo porque él pertenece á una familia de reyes y su víctima á una familia de trabajadores. La opinion pública se preguntó angustiada si los tiempos feudales han pasado, si la revolucion ha venido, cuando puede existir á la sombra de las leyes esa monstruosísima excepcion. Francia, que tan pagada se halla de sí misma, creyó

su sociedad una sociedad de salvajes, cuando ese hombre, que sin estar escudado por el derecho de legítima defensa, asesinó y no tuvo ni incomunicacion durante el proceso, ni castigo á su término. El jurado altísimo, compuesto de grandes capacidades y de antiguos magistrados, vino á mostrar el fruto que llevan todos los privilegios en sus entrañas: la injusticia. Imposible desconocer que ese príncipe es un loco, un furioso, un energúmeno. De su raza sólo tiene la ira. Los ojos se le llenan de sangre, la boca de injurias en cuanto oye la menor crítica. Si alguna duda cupiese de que es un asesino, y un asesino vulgar, esa furia ciega, ese lenguaje brutal bastarian para desvanecerla. No es un hombre; es un chacal. Oye hablar de su crímen, y no demuestra sentir un remordimiento. Ve á la madre del pobre Noir, con las señales de su dolor en el semblante, y no se conmueve. Parece uno de aquellos caballeros feudales que bajaban desde el castillo al llano por el placer de matar, y que luego traian las cabezas humanas colgadas al arzon de su caballo, y las arrojaban indiferentes sobre las piedras de sus patios, ó en lo hondo de sus fosos, entreteniéndose en ver cómo bajaban á buscarlas á bandadas los voraces buitres.

Fué incomprensible para todos que un jurado francés, el Jurado de un pueblo á su igualdad tan adicto hubiera caido en la criminal idea de absolver á un asesino, porque tal asesino era príncipe. Y se daba el caso tristísimo de que Rochefort, representante de

pueblo, ungido por el sufragio universal. estuviese en la cárcel por haber soltado el torrente de su indignacion contra el asesino, y el asesino paseara su maldad y la ostentase á las puertas mismas donde yacia el diputado que marcaba con el hierro candente de su cólera al perverso. Yo comprendo que las almas enérgicas, al ver tanta impunidad, apelen al refugio supremo de la revolucion, ó que las almas místicas, no encontrando en la tierra justicia, se vuelvan al cielo é invoquen la justicia de Dios. Pero no se podia comprender, sino por esa ceguera que sobrecoge á todos los poderes, la torpeza del Imperio en considerar á su príncipe como un sér aparte, superior á las leyes, con lo cual, en vez de avivar el culto á la familia cesárea, avivaba las cóleras republicanas en un pueblo en que la dictadura de la convencion, la dictadura de la igualdad, tiene tantas y tan gloriosas tradiciones.

Así es, que el grito de la prensa fué horrible. El periódico de Rochefort publicó la lista de sus amigos presos junto á la sentencia del Bonaparte absuelto. *La Cloche* dijo, que desde allí en adelante sólo quedaba á los franceses, para defenderse de la familia Bonaparte, el puñal ó la pistola. *El Siecle* lamentó que el principio de igualdad ante la ley se hubiera perdido en Francia. Y hasta el mismo *Constitutionnel*, periódico bonapartista, declaró que jamás se habia cometido un agravio tan grande á la justicia en Francia. Un asesino alevoso encuentra la absolucion cuando debia encontrar la prision perpétua, eterna,

no solamente por ese crímen, sino por la reincidencia en ese crímen.

La emocion fué grande en la Cámara. El respeto debido por el poder legislativo al poder judicial, evitó una interpelacion de Gambetta. Pero Julio Ferry, inspirado por él, interpretando rectamente la opinion pública, presentó un proyecto de ley, en el cual pedia que ese Jurado excepcional, privilegiadísimo, fuese abolido, y todos los criminales, sin exceptuar aquellos más elevados, entraran inmediatamente en condiciones de igualdad con los demás ciudadanos, único medio de realizar la justicia.

Pero la gran campaña de Gambetta fué la campaña contra el plebíscito último del Imperio. El gobierno Ollivier, para demostrar su liberalismo, llevó á las Cámaras un proyecto de reforma constitucional, en que daba ciertas garantías al Parlamento. El Emperador, para mostrar que él continuaba siendo el jefe de la plebe, quiso que estas reformas constitucionales se sometieran á la sancion del pueblo. Así amenazaba á los poderes parlamentarios, recordándoles que contra todas sus prerogativas, quedaba siempre, como en apelacion suprema, el recurrir á los pueblos y á sus votos contra la Cámara y sus decisiones. Tal sistema no era más que la hipocresía de la democracia, por que un pueblo cercado de bayonetas, oprimido por los agentes de policía y los agentes del fisco, vejado por las autoridades gerárquicas que desde el trono bajaban, como enroscándose, hasta las últimas

aldeas, no podia votar sino aquello que le dictase el César.

Gambetta pronunció un admirable discurso en la Cámara sobre la reforma constitucional. Sus argumentos, encerrados en formas severas, pero elocuentísimas destruian, aniquilaban el Imperio Cesarista. Hábil y práctico, no exponia sus propios principios; sacaba consecuencias de los principios contrarios. Y las consecuencias que sacaba, eran todas sin excepcion favorables á la República. Si le decís al pueblo que le pertenece la soberanía, no extrañeis que se la reserve para sí, ó que la reclame cuando crea que, en vez de su soberanía verdadera, le dais una autoridad irrisoria. Si entregais las soluciones que os parecen convenientes al sufragio universal, no extrañeis que el sufragio universal reivindique para sí todas las soluciones. Si cada plebíscito es una confirmacion del Imperio, y el Imperio los repite con tanta frecuencia, eso prueba que no puede ser hereditaria una institucion sin seguridad siquiera de llegar á ser vitalicia en la persona de su jefe más augusto. El dogma de la soberanía del pueblo, el sufragio universal, y los plebiscitos debian concluir lógica, necesariamente en la República. Estas ideas, dichas en severísimo lenguaje, conmovieron profundamente, primero á la Cámara, despúés á la nacion.

Tras haber desplegado talentos oratorios de incontrastable elocuencia en la Cámara, desplegó en el plebíscito talentos de accion á una altura idéntica. Lu-

chababa su inteligencia con cuatro obstáculos, verda-deros escollos: con la inclinacion de los franceses á la utopia; con la inclinacion todavía mayor á las revoluciones; con el fraccionamiento del partido republicano y con la perpétua rivalidad de sus jefes. Los impacientes, los rojos, proponian y sustentaban el retraimiento. Era en aquellas circunstancias ésta una cuestion tan ociosa como las cuestiones entre juramentados é injuramentados que se suscitaban siempre al comienzo de cada eleccion. Gambetta estuvo resueltamente por la lucha. Su ánimo batallador no comprendia lo que ganan los partidos en la indolencia y en la ociosidad. Contra los exaltados, mantuvo la lucha, empeñada á todo trance, sin respiro, en cualquier terreno á que el Imperio citase á los republicanos. Entónces el partido avanzado comenzó contra él implacable guerra. Le echó en cara que no habia sostenido con energía la proposicion de Keratry para que el Cuerpo Legislativo se reuniese tumultuariamente. Le echó en cara, que olvidando la palabra irreconciliable, seguia los trillados caminos de sus antiguos colegas en la Cámara. Le echó en cara que usaba un lenguaje con los electores de Marsella y otro lenguaje con los electores de Paris. Le echó en cara que en Paris fué candidato del partido radical, miéntras en Marsella era candidato de todas las oposiciones. Le dijo mil de esas reconvenciones, que acompañan siempre á todos los predilectos de la fortuna como de la gloria, cuyas flaquezas se ven más por lo mismo que se ven más

tambien sus grandes cualidades. Y los enemigos que Gambetta tenia en el partido democrático, no alcanzaban á comprender las transacciones con la realidad á que se ven obligados todos los talentos políticos que comprenden de la realidad las grandes impurezas. El imperio ganó en el plebíscito una victoria. Pero una de esas victorias más adversas que cien derrotas. Los campos habian votado, como siempre, conducidos á las urnas por los curas y los alcaldes como hatos de ganado. Pero las grandes ciudades habian votado por la República. Pero cuarenta mil hombres del ejército habian votado contra el Imperio.

El plebíscito clavó un dardo agudísimo en el corazon del César. En vano se contaban los votos por millones; en vano acudian los cuerpos del Estado á rendir párias y quemar incienso ante esta nueva sancion del pueblo; el espíritu de las ciudades y del ejército rodaba en la mente del César y llovía gotas de plomo hirviente sobre su corazon. Desde aquel dia decidió la guerra. El candidato al trono de España no fué sino el pretexto. La guerra, aplazada por las conferencias de Lóndres y por la Exposicion de Paris, debia estallar y estalló para que el César pudiese teñir en sangre humana la púrpura de su heredero. Justo será decir que Gambetta no mostró en aquella ocasion solemne, contra la guerra, toda la energía que mostrara Thiers. De todos los diputados de la izquierda apareció, sin disentir abiertamente con sus compañeros, el más belicoso. Pidió, sí, los documen-

tos que debian esclarecer al Cuerpo Legislativo delante de problemas, que segun su felicísima expresion, ni podrian ser resueltos, ni podrian ser agotados en todo este siglo, ni quizá en todo el siglo venidero. Mas contra aquella guerra no mostró toda la indignacion de que era suceptible su elocuencia. Nadie diria que Gambetta es de orígen extranjero, segun el amor infinito que á Francia profesa. Su patriotismo tiene algo del patriotismo romano. Es, ante todo, sobre todo, francés. Proclama que el destino humanitario realizado por Francia en el siglo décimo-octavo, ha de seguir en el siglo décimo-nono, y ha de trascender hasta más allá del siglo vigésimo. No le hableis de la decadencia de su pátria. La creerá decadencia tambien de la humanidad entera. Quizá estos generosísimos pensamientos le llevaron al concepto de que la guerra seria siempre favorable á la nacion francesa. Si vencedora, recababa su línea del Rhin, la integridad de su territorio; si vencida, recababa sus intituciones republicanas, la integridad de su derecho.

Estalló la guerra. Tras la guerra vinieron los grandes desastres. Y tras los desastres vino aquella tremenda y formidable crísis del 4 de Setiembre. El infame imperio, que habia puesto sus piés y sus espuelas sobre el corazon del más revolucionario entre todos los pueblos; ese imperio, que en una noche lúgubre, mató la libertad, seguido de sus pretorianos, ébrios de aguardiente y de pólvora; ese imperio, que

con una mano resucitaba la monarquía en América y con la otra mano apagaba la teocracia en Roma; ese imperio, que asesinó á nuestros héroes, que aumentó el catálogo de nuestros mártires, que forjó todas nuestras cadenas; ese imperio, después de haber traido el extranjero sobre Francia, después de haber sembrado trescientos mil cadáveres que todavía yacen allá en los campos de batalla, iluminados por los siniestros reflejos del incendio, sucumbió en la ignominia; y al sucumbir, descargó de un peso enorme la conciencia humana, que vé al fin castigado el crímen y vencedora la justicia. Sedan fué su sepulcro. La noticia de las desgracias imperiales recorre todo Paris y lo subleva. El pueblo francés ha perdido todo un ejército. La perdicion del ejército se debe exclusivamente á la dinastía. Si en vez de ir á Metz, Mac-Mahon hubiera ido á Paris, esta gran ciudad, auxiliada por un ejército numeroso, es invencible. Trochú habia rogado que Mac-Mahon viniese sobre Paris. Mas Palikao no habia querido, porque la victoria de Paris era la victoria del pueblo, y él, de acuerdo con el Emperador, deseaba una victoria lejana, que diese lustre al nombre y á las armas de los Bonapartes, para volver sobre Paris é imponerle por fuerza la dinastía.

Las lenguas se desatan y publican á una todos los crímenes imperiales. Decia el imperio que estaba preparado, y no lo estaba. Decia que contaba con quinientos mil hombres, y solo contaba con trescientos

mil escasos. Decia que era formidable su material de guerra, y no tenia suficiente material. Decia que era infalible su plan de campaña, y su plan de campaña se ha reducido á salvarse él y á perder á Francia. Todo para la dinastía, todo por la dinastía. La primera mentida victoria de Sarrebruk, para exaltar al Príncipe Imperial, pobre inocente niño, retratado por su padre como un sér sin entrañas, impasible, en presencia de la agonía y la muerte de sus semejantes. Y esta dinastía, ni por la inteligencia, ni por el valor de sus príncipes, era de sus absurdos privilegios digna. El príncipe Pedro Bonaparte sólo servia para asesinar escritores indefensos. El príncipe Jerónimo Napoleon Bonaparte, que jamás vió las balas, corre á Florencia en demanda de un último auxilio, y abandona las banderas francesas. El Emperador huye cobardemente de Metz, y entrega más cobardemente todavía su espada en Sedan, sin que lo maten ni el dolor ni el remordimiento.

Paris, que sabe esto; Paris, que conoce esto, cree llegada ya la hora de acabar con la soberanía del Imperio y rehacer su propia soberanía. Calles, plazas, paseos se inundan de gentes que gritan: "el destronamiento, el destronamiento de los Bonapartes; viva la nacion, viva la Francia." Una inmensa multitud se dirige al General Trochú, gobernador militar de Paris, y le aclama y le conjura á que tome el poder caido en tierra. Trochú los calma, diciéndoles que el nombramiento del nuevo poder es competencia del Cuerpo

Legislativo. "Al Cuerpo Legislativo, al Cuerpo Legislativo," exclaman las muchedumbres.

Las avenidas del Cuerpo Legislativo son como un océano inmenso de cabezas. En torno del obelisco se congregan los Guardias Nacionales, unos con uniformes, otros sin ellos, bastantes con armas, muchos más desarmados; pero todos con igual entusiasmo. El juramento que corre de boca en boca es no permitir que el dia caiga sin que se haya levantado la República. Un grito atronador, inmenso, puebla los aires. La ciudad de Paris ha vuelto á encontrar su alma revolucionaria, esa alma con cuyos resplandores ha iluminado mil veces al mundo.

Y sin embargo, el Gobierno de Palikao, decidido á defender la dinastía hasta el instante último, ha llenado de tropas de línea las avenidas de la Cámara. En cuanto se reunen los diputados, Ferry pregunta por qué la Guardia Nacional ha sido reemplazada por el ejército regular, y por qué se ha quitado el mando de las tropas acantonadas en Paris al General Trochú, único defensor de Paris. Palikao se levanta, y con una familiaridad indigna del sitio y del momento, dice: "¿Os quejais porque os he buscado la novia demasiado bonita? *(Gritos de indignacion.)* ¿Os quejais porque he puesto en torno vuestro la tropa de línea, que respetará con mayor empeño la libertad de vuestras deliberaciones?" Una protesta ruidosa, numerosa, se exhala de los bancos de la izquierda y de la tribuna pública. Tres proposiciones se presentan:

una de Palikao, que pide un gobierno designado por la Cámara, y la presidencia de ese Gobierno para sí. Inmensa carcajada responde á esta pretension insensata. Otra de Thiers, que pide un gobierno provisional, y la apelacion á la Asamblea Constituyente en tiempo hábil. Otra de Julio Favre, que comienza: "queda destituido el Emperador Napoleon con toda su dinastía." La Cámara nombra un Gobierno Provisional. La defensa de Paris queda confiada al General Trochú. El Congreso se reune en secciones para estudiar estos tres proyectos de ley. Los ugieres intentan despejar las tribunas; mas los espectadores no quieren salir.

Miéntras tanto, el grito de ¡Viva la República! se exhala hasta del suelo de Paris. Los muertos del 2 de Diciembre se reaniman. Los habitantes todos proclaman ese mágico nombre que ha de salvar á la nacion en peligro. Los soldados tienden los brazos á los Guardias Nacionales, y los Guardias Nacionales al pueblo. Sólo hay una voz, como sólo hay una alma, como sólo hay un pensamiento: la reivindicacion de la República.

Las águilas imperiales son destrozadas, los timbres napoleónicos rotos, las verjas de las Tullerías tronchadas casi por el oleaje popular. El General Mellinet, que manda en palacio, amenaza con hacer fuego. El pueblo, para que nadie le atribuya pensamientos indignos del principio de su resurreccion política, escribe en las paredes: "respeto á la propiedad nacional; muerte al ladron." Un parlamentario trata con el Ge-

neral Mellinet y conviene en que la Guardia Nacional sustituya al Ejércicito en la custodia de aquel palacio que ha presenciado tantos triunfos y tantas catástrofes de la monarquía. El parlamentario del pueblo recorre aquellas abandonadas estancias, donde acaban de resonar las últimas pisadas de otra familia real fugitiva. En el cuarto del Príncipe aún estaba abierta la última página de Historia trazada en el álbum de sus lecciones. Luis XV: corrupcion, tiranía, debilidad, intolerancia. ¿No parecía este el resúmen del reinado último de su raza? La habitacion que habia acabado de desalojar la Emperatriz, aún tenia el reflejo de su presencia. Sobre una silla habia una bata; y sobre una mesa restos del frugal desayuno, un poco de ternera, un huevo pasado por agua recien abierto, pero no bebido, y algunas rebanadas de pan y queso. La última en dejar su sitio fué ella. Cuando el pueblo entraba por una puerta, salia por la otra, recordando tal vez las tragedias presenciadas por otros reyes. Un fiel servidor lloraba y decía: "Pobre emperatriz! todos la han abandonado." Así son los cortesanos siempre; débiles y cobardes como todas las almas envilecidas.

Estas escenas coincidian con las escenas del Cuerpo Legislativo. Miéntras los diputados se habian ido á deliberar á sus secciones, los periodistas, los antiguos diputados republicanos salian al peristilo y llamaban á la multitud. La guardia nacional se puso á la cabeza de las muchedumbres. Las tropas no re-

sistieron, fraternizaron con el pueblo. La sala de sesiones fué invadida en el momento mismo en que los diputados volvian á ocupar sus asientos. El ruido era tempestuosísimo. La multitud gritaba: el destronamiento de los Bonapartes, la proclamacion de la República. Gambetta subía á la tribuna. Una infinita ovacion le saludaba. Pero en cuanto pedia que dejaran á la Cámara la libertad de sus deliberaciones, el ruido era atronador, y los gritos de "Viva la República," innumerables. Schneider, el presidente, reclamaba silencio invocando la autoridad de Gambetta. "Calle ese asesino de los trabajadores," gritaban. Julio Favre quiere leer un papel; no le dejan. "La República, la República," gritan todos á una voz. En esto se oyen tremendos golpes, las puertas de una tribuna caen, espesa nube de polvo inunda todo el recinto del salon, los diputados de la derecha, imperialistas, huyen, el Presidente se escapa, llegando hasta su palacio, rasgadas las vestiduras, abollado el sombrero y hasta herido el rostro, y los diputados de la izquierda van al Hotel de Ville, donde es solemnemente proclamada la República. Miéntras unos corren al Hotel de Ville, otros corren á la Cárcel, sacan á Rochefort y lo llevan en triunfo hasta el Gobierno. Se ha proclamado la República.

El Gobierno Provisional queda constituido. Lo forman todos los diputados republicanos de Paris, que el mundo conoce y admira. Entre ellos se encuentran los antiguos ministros del Gobierno de 1848,

Garnier-Pagés y Cremieux; el gran orador de la izquierda, Julio Favre; el elocuente publicista que ha difundido tantas ideas en la juventud contemporánea, Pelletan; el jóven que reune á las extraordinarias dotes de una elocuentísima palabra, toda la madura sensatez de un hombre de Estado, Gambetta; el ingeniosísimo Picard, que en vísperas de perderse al borde oscuro de un olivierismo incomprensible, ha sido rescatado por la revolucion para la República: hombres todos de alta inteligencia, de antiguos y probados servicios, cuya sinceridad de carácter está unida fuertemente á un exaltado patriotismo.

A todos ellos se encuentra reunido Rochefort, recien sacado de la cárcel. Gambetta suprimió su nombre en la primera lista del Gobierno Provisional; mas el clamor público le incluyó con grande imperio. La República está fundada sin dolores, sin lágrimas, sin desórdenes, como una consecuencia necesaria de las derrotas imperiales, como un fruto espontáneo de la opinion pública; y en medio del peligro, entre ruinas, bajo la tempestad, es como la inmaculada esperanza del espíritu humano, que rompe la cabeza de la tiranía.

Mas los poderes que la República destruye, ¿cómo en estos momentos supremos se defienden? La Emperatriz, como ya he dicho, permanece en su puesto. En vano la muchedumbre se agita, se encrespa, rodea el palacio, amenaza invadirlo: hasta en aquellos momentos angustiosos vela con heróica resignacion por el resto último de autoridad confiado á su custodia.

Su pariente, Fernando Lesseps, el Hércules del itsmo egipcio, le ha presentado un proyecto de abdicacion espontánea en la República; proyecto concebido por la cabeza volcánica de Girardin, á quien sus veleidades monárquicas dejan fuera de la gravitacion republicana, á pesar de tener una pluma que debió haber sido constantemente como un rayo de luz proyectado sobre la cabeza de Francia, y que, por culpa de esas veleidades, indisculpables en quien tiene tantos talentos, sólo ha sido como un extraño cometa. La Emperatriz consulta el proyecto al Consejo de Ministros, y el Consejo de Ministros dice que no es oportuno, que todavía puede y debe salvarse la dinastía. Cuando acababan de dar sus consejeros esta esperanza á la Emperatriz, el pueblo rompe por todo, invade, llega á la gran puerta, y la Emperatriz, por la puerta secreta de la calle de Rivoli, se lleva trás sí, como María Antonietta en 1792, como María Luisa en 1814, como la Duquesa de Berry en 1830, como la Duquesa de Orleans en 1848, la autoridad y la fortuna de su dinastía.

El Senado, otro de los poderes caidos, celebra una sesion bizantina. Uno de los senadores, que no protestó contra la indigna comedia del destronamiento simulado, se levanta á dar un viva á la dinastía, viva tan siniestro como el ruido de un esqueleto cayendo en una huesa. Los más valerosos proponen la sesion permanente. Pero la prudencia prevalece sobre el valor, y el Senado se separa prometiendo reunirse el

la noche; y sólo se ha reunido en la noche eterna. Un mensajero del Gobierno Provisional pone los sellos del Estado sobre las puertas de aquellos espléndidos salones, y declara disuelta la Asamblea aristocrática, escudo del Imperio. La historia condenará á desprecio eterno aquella madriguera de cortesanos.

La mayoría del Cuerpo Legislativo se reune en el palacio de la Presidencia. No hay ninguno de los Presidentes legítimos. Thiers preside. Julio Favre corre á declarar que el pueblo ha tenido á bien proclamar con unánime grito la República, y que los diputados de Paris, incapaces de abandonar al pueblo en la hora de la desolacion y del peligro, habian recibido su mandato y proclamado tambien la República. Julio Simon confirma las palabras de Julio Favre, y añade que Rochefort, en cuya prudencia confia, ha entrado en el Gobierno Provisional; que si Thiers no ha entrado, ha sido por haber opuesto inquebrantable negativa.

Los diputados imperialistas, luego que los individuos del Gobierno Provisional se han retirado, gritan, vociferan, protestan, recuerdan que ellos son representantes del sufragio universal, se indignan contra las manos aleves que han puesto los sellos del Estado en el edificio del Cuerpo Legislativo. La palabra final ciertamente faltaba á esta escena. Thiers la tiene guardada en su agudo ingenio hace veinte años. Es un dardo que traspasa de parte á parte los corazones de todos los imperialistas. Es una evocacion á

la justicia. Es la moral de toda esta gran tragedia, moral destilada y reducida á su última esencia. Oidle, oidle. El primer trágico del mundo, Esquilos, Shakspeare, Calderon, jamás hubieran hallado un final más propio del Imperio. La historia inspira disgusto de la novela; porque no hay novela, ni tan dramática, ni tan lógica. ni tan por extremo interesante como la historia. "¿De qué os quejais? dice Thiers. ¿De que han puesto sus sellos al edificio de la Representacion Nacional? Peor fué sellar á los representantes. Y aún no he olvidado la marca del sello que nos pusieron el 2 de Diciembre. Yo soy un prisionero antiguo de Mazas." Con esta carcajada concluyeron las Asambleas del Imperio. Hay Providencia.

En esta crísis obtuvo, como hemos dicho, Gambetta el ministerio del Interior. Inmediatamente sobrevino el sitio. En los primeros dias de esta inmensa calamidad empleó toda su energía para proveer al armamento del pueblo de Paris. Auxiliábale activamente en el grandioso trabajo Dorian, su compañero de diputacion, que desplegara cualidades casi sobrenaturales para la organizacion. Mas ora fuera por rivalidades de sus compañeros, ó porque Trochú empezara á comprender que á Gambetta no podia escapársele su incapacidad, lo cierto es que el jóven ministro, el ministro de la energía, el ministro de la audacia, fué lanzado léjos de Paris en la barquilla de un globo aerostático. Por algunas horas estuvo en la region silenciosa y sombría de lo infinito. Alguna-

veces su globo descendía, y las balas de los grandes tiradores alemanes lo agujereaban. En tal conflicto, arrojaban los navegantes del aire lastre, despachos, hasta sus gabanes para lograr que el globo subiese. Llegaron á pensar en cuál de ellos debia precipitarse de aquellas alturas para que los otros ascendiesen. Imposible decir las angústias que desgarraron su alma en aquel viaje por las nubes, que le imponia su patriotismo. Pero habia algo superior á su audacia, y era su fé, su fé completa en la salvacion de Francia. Por fin llegó á Tours, y puso mano en la redencion de la pátria.

Hállase de tal suerte el mundo habituado á confundir la fortuna con la inteligencia, que solo cree obras meritorias las obras de éxito. El esfuerzo supremo, las grandes ideas, el patriotismo, el sacrificio no se estiman sino cuando ciñen las palmas de la victoria. Por eso la brillante campaña de Gambetta en Tours y Burdeos no ha sido apreciada por sus contemporáneos; pero será apreciada por la posteridad. Abandonado de sus compañeros, sin ejército, sin material de guerra, dueños los prusianos del Este, entregada Estrasburgo, caida Metz, Paris cercado formidablemente, con la derrota por todas partes, con el pánico en todos los ánimos; naufragio sublime, que desafiaba al cielo, cuando la ola subia sobre su cabeza, y el rayo azotaba su espalda, y el huracan le arrancaba de las manos las únicas tablas de salvacion, no desmayó ni un punto, y su voz dominó todo el

oleaje y fué más poderosa que la tempestad. Sólo aquella palabra de fuego, sólo aquella voluntad de hierro, sólo aquel patriotismo á la antigua, pudieron levantar el ejército del Loira, el ejército de Dijon, el ejército del Este, el ejército del Norte, y tener por un momento en grande incertidumbre la táctica de Moltke, la inteligencia de Bismark y la fortuna de Guillermo.

Pero las ventajas obtenidas por Aurelles de Paladine sobre el Loira, y las ventajas obtenidas por Faidherbe en el Norte, volviéronse pronto desventajas y grandes desventajas. La caida de Metz llevó tropas de refresco al campamento aleman. La llegada de estas tropas le permitió mandar divisiones sobre la Turena, sobre la Borgoña, sobre la Bretaña. El cielo era inclemente. El invierno tenia una crudeza increible. Caia la nieve á torrentes y sobre la nieve caian los hielos espesísimos. Los soldados franceses creíanse fuera de su misma pátria, segun lo inclemente de aquel cielo, y eran soldados improvisados. Los alemanes, habituados se hallaban á inviernos tan rigurosos, y eran soldados aguerridos. Seguia la derrota por todas partes á los defensores de la República. Solamente Garibaldi en Dijon obtuvo una victoria. Este General honrado y heróico ha referido los crímenes de que fueron reos los soldados del Norte, reproductores de las atrocidades con que mancharon el mundo las irrupciones germánicas, los negros tiempos feudales. Machacaban á culatazos los cráneos de los

franceses rendidos é inermes; prisioneros de guerra, sagrados por el derecho de gentes. Los cirujanos, que corrian á curar los heridos de uno y otro bando, eran asesinados. Sus cabezas y sus corazones servian de blanco á las balas prusianas. Un capitan de franco-tiradores, que herido quedara en el castillo de Pouilly, es cogido, atado de piés y manos, puesto en el tormento, herido de nuevo con toda suerte de brutales agresiones, y luego quemado vivo. En estas horribles carnicerías de la guerra, más bárbara cuanto más progresiva es la sociedad donde se ceba, cayó muerto un hombre heróico, el general polaco Bosak, amigo de Garibaldi. Delante de mí, en Tours, pidió Garibaldi el nombramiento de jefe de brigada para este ilustre mártir de la libertad. Yo le conocí en Ginebra. Era un jóven de treinta y cinco años, alto, elegante, nervioso, de barba rubia y ojos azules, en los que se retrataba una honda tristeza, como si la luz del dia no entrara en ellos, sino á través del duelo por la pátria muerta, duelo que ponia en su retina nubes invisibles de lágrimas eternas. Recuerdo una reunion célebre, en la cual pronunció algunas palabras de su infeliz pátria. No era aquello un discurso, era un sollozo. Sus manos se crispaban como si los dolores de todas las generaciones polacas las sacudiesen. Sus ojos relampagueaban. Las palabras salian del pecho entrecortadas por suspiros profundos, amarguísimos, que parecian el lloro de todo un pueblo. Tendió los brazos al aire, habló en frases cortadas, expre-

só un dolor vivísimo, algo semejante á los trenos de Jeremías, á las lamentaciones de los profetas bíblicos en las orillas del Eufrates. Yo en el sollozo de aquel héroe ví pasar como en espesa nube de lágrimas el alma de Polonia herida, desgarrada, produciendo y devorando generaciones de cuerpos esclavos y de almas muertas. Pues bien: aquel jóven ha ido á pelear, á morir por una gran nacion que defiende la independencia del hogar y la independencia de la pátria perdidas para Polonia. Su fé, su exaltacion le llevaron hasta el sacrificio. Empeñado en atrevidos reconocimientos, intentó detener numeroso ejército con unos cuantos hombres. ¡Valor inútil! Cayó atravesado por las balas prusianas, consagrando hasta el aliento último de su vida á la libertad y á las nacionalidades. Leonidas le llama Garibaldi. Más sublime que Leonidas le llamo yo. En los desfiladeros de las Termópilas se sacrificó Leonidas por la independencia de su propia pátria; y en los campos de Borgoña, Bosak muere por ajenos hogares, por ajena pátria. Su alma se ha desprendido de todo carácter terreno y ha pasado á ser, en virtud de tan heróico sacrificio, como un matiz del alma luminosa de la humanidad entera. Su sacrificio no será infecundo; la batalla de Dijon es uno de los pocos triunfos que en estos ultimos dias registra la nobilísima cáusa de la justicia y del derecho.

Mas no bastó, nó, tanto esfuerzo á conjurar esta gran irrupcion; que fué un pueblo cayendo sobre otro

pueblo, una raza mudando de centro y desprendiéndose sobre otra raza desgraciada. Paris, Paris fué la víctima; Paris, cuyos dolores no tienen ni medida ni número. En los tristísimos dias del bombardeo se agravó la miseria. Yo recibia á la sazon por los globos tripulados algunas cartas, concisas, doloridas, dictadas por la fiebre, escritas entre el sacudimiento de los edificios conmovidos al embate del siniestro huracan, bajo la lluvia de bombas que rasgaban con sus estallidos los aires, y con su siniestro relampaguear las tinieblas de la noche. ¡Qué descripciones de la situacion de Paris! Sobre el barro de nieve y escarcha; bajo el cielo frio como la mano de un cadáver corrupto; á la dudosa luz de opaco amanecer; en las mañanas glaciales del cruel Enero, que parece haber arrancado á las entrañas del planeta su calor, como al corazon de Europa su humanidad, agolpábanse en monton á las puertas de las carnicerías pobres mujeres haraposas, hambrientas, febriles, centelleando de sus ojos siniestros reflejos, despidiendo de sus lábios palabras incoherentes, y que iban allí, estátuas de la desesperacion, ¡ay! no por sí mismas, no por su vida, que apénas valía la pena de conservarse, sino por sus pequeñuelos, por sus hijos, condenados tal vez en lo porvenir á no tener pátria.

¿Y qué recibian? Algunos pedazos de pan moreno, casi indigeribles, algunas onzas de carne de caballo seca, curtida, rugosa, semejante á la madera ó el cuero. Y cuando en esta triste situacion se encontraban,

bajo el látigo de la miseria, tendiendo la mano acostumbrada al guante para recoger una limosna, la bomba estallaba en los aires ó se hundia á sus piés; los milicianos heridos en la batalla próxima, volvian unos por su pié, otros en camillas, que chorreaban sangre; y bajo las ruinas calcinadas se descubrian cadáveres de niños sacrificados por las granadas ó de pobres mujeres, en cuyas venas derramaran ardiente tifus los miasmas difundidos en los aires por el letal aliento de la guerra.

Paris se iba á morir de hambre bajo aquella granizada de bombas. Era necesario un supremo esfuerzo. La exacerbacion de la guerra, la crueldad del bombardeo, sólo significaban que los prusianos habian expedido la mayor parte de sus tropas al Norte, al Loira, al Este para perseguir los cuerpos de ejércitos destinados á libertar á Paris. Un supremo esfuerzo de la guarnicion parisiense en aquellos momentos, acaso fuera coronado con la victoria. Pedíanlo á una todos los partidos. Aconsejábanlo todos los periódicos, desde el sesudo *Tiempo* hasta el rabioso *Combate*. Solamente Trochú, á quien Paris confiara su salvacion, manteníase frio ó atemorizado, aguardando un auxilio imposible, decidiéndose á una paciencia inverosímil. Los clubs, muchas veces descaminados, pero entónces razonables, si no en las formas violentas, en el fondo esencial de sus quejas preguntaban qué se proponia el gobernador de Paris con esta quietud angélica en medio de la ruina, de la devastacion, de la miseria

del incendio. Los diversos cuerpos de alguna representacion social repetian la misma pregunta, preñada de dolores y de amenazas. Los guardias nacionales mostraban sus armas inertes y á veces exigian la lucha. El fuego atronador que todas las baterías vomitaban de sus cañones, ningun daño, ningun desperfecto, ninguna mella hacía en las trincheras enemigas. La inaccion del General llegó á irritar al pueblo. La misma prensa de provincias, que viera en Paris la salvacion de la Francia, y en Trochú la salvacion de Paris, comenzó á difundir sospechas sobre la aptitud del General para ese inmenso ministerio que le habia confiado la revolucion francesa en esta crísis suprema, no sólo de Francia, sino de todo el género humano. Veinte años de Imperio han rebajado el nivel intelectual de la nacion francesa. Así en esta larga y sangrienta campaña, lo mismo el reputado táctico Mac-Mahon que el valerosísimo general Bourbaki; lo mismo Bazaine dentro de Metz, que Trochú dentro de Paris, han dado muestras de una incapacidad que solo se explica por la decadencia universal nacida del Cesarismo.

Por fin, á tantos clamores como pedian la salida, hubo necesidad de acceder. Fué convenida, arreglada, resuelta en consejo de generales, mas que por el propio convencimiento de estos, por el impulso de la opinion pública indignada. El dia 19 de Enero de 1871 se designó como dia de salida. El principal objeto de este plan militar era apoderarse de las alturas de

Saint Cloud, cuyos cañones desataban la gran lluvia de balas sobre los barrios de la orilla izquierda del Sena. Ya allí, ganadas aquellas posiciones, debian fortificarse y descender impetuosamente hácia Versalles en busca del nuevo Emperador de Alemania y de su cuartel general. Vinoy mandaba la izquierda, apoyándose en el rio; Bellamare mandaba el centro; y Ducrot la derecha, apoyándose en el camino de Rueil. Trochú no estuvo inspirado ni feliz en el desempeño de este plan de ataque, no mal pensado, pero muy mal cumplido. Buen crítico de operaciones militares, no es al mismo tiempo buen práctico. Sus teorías son más brillantes que sus hechos, y sus libros mejores que sus campañas. Debe toda la popularidad en los últimos dias del Imperio alcanzada, á los folletos escritos sobre la organizacion del ejército prusiano, y no la imita. Los parisienses le creyeron un general cuando sólo era un sábio. Cierto escritor inglés le ha comparado con Emilio Ollivier en la facilidad de teorizar y en la dificultad que encuentra para cumplir sus teorías. Segun sus planes, Ducrot debia emprender un movimiento convergente y apoyar á Vinoy, que por sí sólo podia tomar á Montrelou, pero que no podia por sí sólo sostenerlo. Si avanzando Vinoy, no llegaba á tiempo Ducrot, estaba todo perdido: la salud de Paris, la salud de Francia, la salud de la República dependian de aquel movimiento. El error de Trochú consistió en no medir préviamente y en no calcular con oportunidad las dificultades que debia en-

contrar Ducrot en su marcha y en su movimiento convergente. Así, lo emprendió cuatro horas después de haber Vinoy ocupado con grande arrojo, mezclado de aplomo, las posiciones que debia tomar. Estas cuatro horas sirvieron á los alemanes para recobrarse, para reunirse, para caer como un espeso enjambre sobre el punto, clave de la posicion estratégica. A esta falta de prevision unió Trochú falta de fuerzas. Sacó del Monte Valeriano cincuenta mil hombres cuando debió sacar cien mil; sacó escasa artillería, cuando, librada á esta maniobra toda la suerte de Paris, debió sacar numerosísimos trenes.

Esta salida fué un verdadero desastre. Entre Buzenval y Montretout quedaron mil franceses muertos. Cinco mil heridos poblaban con sus quejas aquellos campos de matanza, aquellos aires cargado de evaporaciones de sangre. El hijo de Fernando Lesseps, ese Hércules del Istmo de Suez, cayó entre estos cinco mil heridos. El célebre pintor Begnault fué alcanzado por una bala que lo hirió mortalmente. Debia casarse con una hermosísima jóven que fuera largo tiempo la musa de sus inspiraciones, el ideal de belleza en que buscaba el secreto de la encarnacion de sus pensamientos y el modelo de la forma; casta musa de este pintor, que á modo de los artistas del renacimiento, era tambien soldado. En cuanto cayó herido, y sintió que la vida se escapaba de su sér, pidió le trasportaran desde el campo de batalla á casa de su amada. Para ella fué su última mirada, para ella

su último suspiro, como para ella habian sido sus as-
piraciones y para la pátria su existencia.

A este tenor miles de tragedias se cuentan. Pero
confieso que no inspiran compasion tan grande á mi
alma desolada los muertos como los vivos. Preferi-
ble es mil veces para todo buen francés morir á ver
Francia caida de tan alto en esos abismos. Felices
los que mueren sin saber, sin adivinar que tambien
muere la pátria de sus padres. ¡Ah! Esta salida del
dia 19 es desesperante. ¿Por qué, una vez tomada la
posicion de Montretout, no la conservaron? ¿Por qué
no combatieron los franceses con más golpe de gente?
¿Por qué no usaron más artillería? Cuando Vinoy es-
taba en Montretout, el rey Guilllermo, y Moltke, y el
Príncipe real, que desde el acueducto de Marly ob-
servaban la batalla, sintieron por vez primera en esta
campaña el escalofrio del terror. Se hallaban cortadas
das sus comunicaciones con el príncipe real de Sajo-
nia. La interrupcion del ferro-carril entre Toul y Nan-
cy embarazaba sus comunicaciones con Alemania.
Era difícil, dificilísima la posicion del Estado Mayor
prusiano en Versalles. Más tenacidad en sostener
Montretout fortificaciones rápidas é inmediatas, á la
tacion de los prusianos; artillería en posicion barrien-
do los batallones de reserva que iban á combatir,
y el sitio de Paris se levanta, y Francia se salva.

Se dice que Trochú no sacó de Paris el número de
gentes necesario por temor á los rojos. Mas el me-
dio de vencer á los rojos era presentarles una victoria

Su oposicion hallaba sobrado fundamento en la apatía de un general que deja bombadear á Paris y no sale de la ciudad como un torrente cuando el bombardeo solo significaba una estratagema del sitiador para desconcertar al sitiado. Queríase que las oposiciones lo sacrificaran todo por la pátria y en esto el gobierno de Paris tenia razon. Mas no se daba á luz de aliojo ejemplo defendiendo ántes que todo la pátria. La retirada de Montretout ¡qué error y qué vergüenza! A los oel o de la noche, el hurra de la victoria resonaba de regimiento en regimiento prusiano hasta llegar á Versalles. La monárquica poblacion de este real sitio, reanimada un instante por la victoria, volvió á caer en un triste silencio así que supo la adversa suerte de sus armas. Y Paris entró en verdadera desesperacion; sí, en verdadero delirio.

Nadie como yo abomina la demagogia. Sus utopias sensuales, sus procedimientos horribles, el delirio que inspira á los pueblos, léjos de producir ciudadanos útiles, produce locos furiosos. Nadie como yo ha deplorado las intemperancias de lenguaje á que los clubs se entregaran. Pero convengamos en que, si no se justifican, se escusan, ó si no se escusan, se comprenden todas estas imprudencias delante de un general que desperdicia horas preciosísimas, y que, al desperdiciarlas, hiere la noble causa de la República Europea.

La agitacion de Paris no tenía límites. Por la noche del 21 rebosaron de gentes los clubs. Habian

visto pasar innumerables heridos. Habian visto al Gobernador pedir armisticio de cuarenta y ocho horas para enterrar los muertos. Habian visto volver el ejército sitiado retrocediendo ante la pujanza del ejército sitiador. A todos estos horrores se unía la recrudescencia del bombardeo que, sobre el histórico barrio de Saint Denis, lanzaba á millares las granadas, cercando de un círculo de fuego infernal aquellos cuarteles; aquella catedral histórica, maravilla del arte gótico, donde se alzan los sepulcros vacíos de los reyes de Francia. Entre esta desolacion, entre el rastro de sangre que dejaban en el suelo de Paris las venas de sus hijos, y el rastro de fuego que en los aires dejaban las bombas de los prusianos, llegaron hasta la exaltacion del delirio las imprecaciones de aquellos que sólo en los procedimientos de la Convencion hallan los medios expeditivos de salvar á Francia y su República.

En el club de la Dama Blanche se conviene y se jura por todos la revolucion inmediata. En el club de la Escuela de Medicina, un ciudadano llamado Levy pronuncia las siguientes palabras entre ardentísimas muestras de adhesion, llevada hasta los límites últimos del humano entusiasmo: "Juremos cumplir nuestro deber; derribar ese gobierno que nos entrega y nos vende." Cierto clubisto del Eliseo Montmartre, se queja de que dá á comer al pueblo pan de tierra, el cual seca los fauces y empiedra el estómago. Para este orador no son los prusianos, nó, los bombar-

deadores de Paris, sino el general Trochú, que arroja bombas desde el Monte Valeriano á fin de que los propietarios pidan la capitulacion. Cuando tales cosas podian decirse impunemente, la irritacion producida por la rota del 19 en Montretout debía ser general y espantosa.

Mas una insurreccion ¿á qué en aquellos momentos supremos conducía? No basta la sangre que empapa el suelo de Francia; no basta el bombardeo bajo el cual Paris, la obra de tantos siglos, se desploma; no bastan los montones de muertos que hay sembrados por las orillas del Loira, por las riberas de Normandía, por los campos de Borgoña, por los desfiladeros de los Vosges; no basta con que el Sena enturbie en sangre sus aguas, y con que dos millones de séres humanos ¡ay! estén bajo la amenaza de una muerte por hambre, sino que tambien es preciso, entre el estallido de las bombas prusianas, desencadenar la guerra civil para que acabara de destruir y aniquilar la destrozada pátria.

Miéntras pasaban en los clubs esas escenas, los milicianos de Belleville iban á Mazas, sorprendian la guardia, reemplazábanla, cogian al carcelero mayor ó alcaide, le obligaban á soltar la llave de la prision, abrian la verja, libertaban á Flourens, lo conducían triunfalmente á su barrio, y allí, tocando á general rebato, organizaban la insurreccion roja en demanda de la junta revolucionaria y, por consecuencia, de la inmediata destitucion del gobierno.

Es el dia 22 de Enero. La mañana ha pasado tranquila. Pero el Hotel de Ville y la plaza de la Greve demuestran que de tempestad hay amagos. El Hotel de Ville es para los modernos parisienses como el Monte Aventino para los antiguos romanos. Su plaza se llama plaza de la Greve y ha dado nombre á los actos más característicos de las asociaciones obreras. Poniéndose de frente al Hotel de Ville, descúbrense hácia la derecha las torres góticas, las agujas caladas de Nuestra Señora de Paris; los dos brazos del Sena que forman la isla, nido de la gran ciudad y de toda la nacion francesa, y á la izquierda la calle de Rivoli cuando ya vá á entroncar con el populoso y republicano barrio de San Antonio. Las mayores tragedias revolucionarias se han desarrollado en este teatro. Allí se instaló aquella municipalidad revolucionaria que ejerciera dominio absoluto sobre la Convencion. Allí cayó Robespierre despues de haberse elevado sobre el prestigio de ese templo. En sus balcones decretó Lafayette la destitucion de la dinastía borbónica y coronó con el morrion de la milicia nacional á la monarquía de julio. En el Hotel de Ville se proclamó en 1848 la segunda y en 1870 la tercera República francesa. Por eso cuando los horizontes se encapotan, cuando las ideas relampaguean, cuando la gran ciudad se siente movida por una de las inspiraciones que la han agitado en todo tiempo, es el Hotel de Ville el sitio en que las revoluciones triunfan [illegible], es el Hotel de Ville como el Sinaí de la democracia moderna.

A la una de la tarde del 22 de Enero están cerradas las ventanas, corridas las verjas de ese palacio del pueblo. Algunos grupos, en número cortos, pero en aspecto amenazadores, se esparcen por el recinto de la plaza. A las ventanas sólo se veian dos oficiales de guardias movilizados bretones, y un oficial de la milicia parisien ante la puerta mayor abierta y tras la verja cerrada. Los grupos, dirigiéndose á estos oficiales, pedian pan y la caida de Trochú. Al dar las dos, treinta miliciános desembocan por el lado de los muelles. Todos vienen armados, pero en actitud pacífica, las bocas de sus fusiles hácia abajo. Sin embargo, al llegar, algunos los cargan y juran apuntarlos pronto á las ventanas de la artística fachada principal. En efecto, descubríanse tras los cristales las sombras de los guardias bretones que escudriñan los menores acaecimientos de la plaza. El grito convenido es la destitucion de Trochú. Para pedirla con oportunidad y obtenerla con prontitud, decidieron dirigirse á la habitacion misma del General. Y en efecto, partiéronse por la calle de Rivoli hácia el lado del Louvre.

Parecí a todo tranquilo en este punto, cuando á las tres se oye el redoble precipitado de un tambor que toca ataque. Son trescientos milicianos armados, que en son de guerra vienen desde Belleville, y han desfilado en la plaza de la Bastilla ántes de tomar la calle de Rivoli por el extremo opuesto al en que se encamináran los milicianos anteriores. En cuanto avis-

tan el Hotel de Ville, suena una descarga. Las ventanas de la gran fachada se abren, los movilizados bretones aparecen, apuntan hácia la desembocadura de la calle de Rivoli, donde los amotinados se encuentran, y descargan sobre ellos. En el espacio de un segundo cubrióse el suelo de gentes desplomadas sobre el frio barro. Unos cayeron porque se agacharon para tirar, otros porque corrieron impetuosamente y, chocando en su carrera, tropezaron; muchos por heridos y algunos por muertos. Al ruido, la guardia nacional, las tropas de línea, los gendarmes acuden, y el órden se restablece. Miéntras pasaban estas escenas, tronaba la artillería y desgajábanse bombas sin número sobre los barrios de Paris. ¡La guerra civil junto á la guerra de conquista! ¿No está aún bastante castigada Francia?

Los sucesos del Hotel de Ville ¿movieron á capitular al gobierno de Paris? El mismo dia 22 en que la guerra civil ensangrentaba los alrededores del palacio republicano, Trochú dimitia su cargo de general en jefe y gobernador militar. A su vez Vinoy, que tomara á Montretout y lo sostuviera el mayor tiempo posible, era nombrado en reemplazo del dimisionario. Estas evoluciones de última hora no satisfacian á la opinion pública, desalentada ya en vista de los obstáculos innumerables que la salvacion de Paris encontraba. Al mismo tiempo los víveres disminuian con tal rapidez, que dos millones de criaturas humanas se hallaban expuestas á morir por hambre como aquellos

infelices judíos del sitio de Jerusalem que echaron suertes sobre los cuerpos de los pequeñuelos y se comieron á sus hijos. A estas angustias, sentidas bajo una granizada espesísima de bombas y de granadas, se unían los partes del exterior. Algunas palomas, que habian levantado su vuelo sobre el oceano de candente plomo esparcido por la atmósfera de Paris, llevaban bajo sus blancas alas pequeños pergaminos, donde iban escritas las adversas nuevas del retroceso general de todos los ejércitos franceses. En vista de tantos desastres, desgarrados por desesperante dolor, temiendo que la historia les diese en rostro con la destruccion de la primera entre las ciudades modernas, los miembros del Gobierno Provisional decidieron la inmediata capitulacion.

Detengámonos un momento en presencia de este suceso. Cuando un pueblo ha ocupado el trono altísimo de Francia, no debe de él bajar sino después de haber intentado el esfuerzo último y el supremo sacrificio. Guillermo de Orange prefiere que las ondas del oceano se traguen Holanda á que la huellen los ejércitos extranjeros. ¿Viviría Holanda sin esta decision bárbara, pero heróica? El ruso, humillado por Napoleon, quema á Moscow. La ciudad santa de los moscovitas ¡ay! es un monton de cenizas; pero sobre esas cenizas se alza el espíritu, la vida, la honra, la independencia de una raza. ¿Qué esperanza teníamos nosotros de vencer al gigante conquistador de nuestro siglo, cuando todas las naciones eran sus víc-

timas, y todos los reyes sus cortesanos? Ninguna. Mas preferimos enterrarnos en los desfiladeros del Bruch, bajo las ruinas calcinadas de Zaragoza y de Gerona destruidas, á ser trofeos de conquistas y esclavos de conquistadores. El hombre no vive un dia. Sus ideas y sus acciones trascienden á todos los siglos. Y para pensar con elevacion de inteligencia y proceder con grandeza de ánimo, debe el hombre convertir los ojos á los tiempos futuros, y sacrificar, si así lo exige el deber, á esos tiempos ilimitados, eternos la vida de un dia. Porque yo creo que despues de haber luchado en esta tierra con tantas y tan acerbas desgracias, no podemos esperar reposo ni en brazos de la muerte, si hasta por las concavidades del sepulcro nos persiguen los anatemas de la posteridad. Y estas mismas ideas bullian en el corazon y en la cabeza de Gambetta.

El gobierno de Paris, si no pudo llegar á una victoria, debió llegar á un sacrificio. Pero el dia 23 de Enero ya estaba decidida la capitulacion. Serían las ocho de la noche cuando Julio Favre entraba en la ciudad de Versalles, corte del nuevo Emperador de Alemania. Ya ántes habia intentado este viaje. Mas creyendo Bismark que iba á tratar de conferencias europeas, no prestó oido á su demanda. Solamente al saber que de la paz y de un armisticio se trataba, convino en la entrevista. Acababa de comer el ministro del Imperio, al punto que el ministro de la República descendia á la puerta de su alojamiento. Los cabe-

llos de Favre blanquean como si hubiera caido sobre ellos la nieve de un siglo. Hondas arrugas atraviesan su rostro amarillento y demacrado, surcos abiertos en la faz por el trabajo interior de ideas siniestras. Sus lábios se muestran contraidos por sonrisa amarguísima como la sonrisa de un cadáver. Los ojos sólo muestran vida, pero la vida de la fiebre. No hay tormentos materiales, ni los infinitos inventados por las imaginaciones místicas de la Edad Media, en sus pinturas del infierno, que puedan compararse á los tormentos de ese hombre. Las últimas palabras de la conversacion tenida en Ferrieres con el Canciller del Imperio debian resonar en sus oidos como la trompeta del juicio en los oidos de los réprobos: "no perderémos ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas."

La primera peticion de Julio Favre fué la salida de las tropas parisienses con todos los honores de la guerra. Negóse Bismark á ello con negativa inapelable. La segunda fué que le evitaran á Paris la humillacion de ver las tropas y las banderas alemanas dentro de sus muros. Bismark convino: pero á condicion de que Paris pagaría doscientos millones de francos, y entregaría al vencedor todos sus fuertes, declarándose prisionera de guerra la guarnicion, que depondría las armas. Sólo doce mil hombres de línea y de milicia nacional quedarían con el encargo de custodiar la ciudad y responder del órden. Si el gobierno de Paris creía la resistencia inútil, la defensa impo

sible, pudo pactar con el extranjero por la ciudad: mas, recluido cuatro meses en los muros, sin conocimiento del estado de Francia, ¿pudo pactar por toda la nacion?

Sin embargo, pactó. Ajustóse un armisticio que debia terminar, á no renovarse, el 19 de Febrero á mediodia. Los ejércitos beligerantes conservan sus posiciones, señalándose una línea de demarcacion en el mapa, dentro de la cual obraran como les pareciera para conservar su respectiva autoridad. El puerto de Dunquerque es designado como línea de armisticio marítimo. Al Este se colocaron las naves alemanas y al Oeste las naves francesas. El armisticio tiene por objeto la reunion de una Asamblea que delibere la paz ó la guerra. Los franco-tiradores serán desarmados. La ciudad de Paris se proveerá de víveres libremente. Los prisioneros alemanes serán cangeados. Establécese un servicio de correos entre Paris y las provincias, que deberá pasar por Versalles con la precisa condicion de que todas las cartas vayan abiertas. ¡Tal fué el abominable tratado! No p[illegible] más de la victoria.

La reunion de una Asamblea con esas condiciones, con tal celeridad vertiginosa, bajo el sable de los prusianos, ceñida de tropas enemigas la capital, ocupadas las mejores provincias, prisioneros de guerra quinientos mil electores, perseguidos y proscriptos de los territorios conquistados las familias más patrióticas; la reunion de una Asamblea en cuatro dias, cuando

los caminos de hierro están todos interrumpidos, y los caminos ordinarios borrados por el diluvio de la guerra, paréceme irrision del derecho, burla sangrienta escupida por el vencedor, ébrio de orgullo, á la frente de Europa.

Alsacia y Lorena, ¿envían representantes? Nada se dice con claridad en el convenio de este punto capitalísimo. Si los envían, clamarán á una que no quieren dejar de ser franceses, como claman hasta las piedras de aquel suelo. Si no los envían, el resto de los departamentos se creerá sin autoridad para resolver sobre la suerte de hermanos suyos á quienes no han oido. Y cuatro dias para revisar las actas, para constituirse, para nombrar presidencia y gobierno, para enterarse de los recursos militares y financieros con que cuenta la nacion, para deliberar sobre la política interior, para decidir la paz ó la guerra; problema inmenso, pavorosísimo, que interesa á la humanidad, á Europa, á todos los pueblos; problema que entraña en sí cuestiones innumerables, y que es un asunto de economía, de política, de ciencia, de observacion, de estudio, de meditaciones profundísimas, pues al resolver su solucion, acaso se resuelve la dicha ó la desdicha de cien generaciones, la salud ó la ruina de la civilizacion universal sobre la faz de este planeta.

Me parece mentira que hayamos visto la tribuna francesa, ese altar de las ideas modernas; los oradores franceses, esos legionarios de la libertad; las Asambleas, que han difundido la revolucion por el mundo,

y sacado de las cadenas de los siervos, como chispas las almas de los ciudadanos; me parece mentira que hayamos visto todos esos grandes representantes de la democracia, antiguo objeto de nuestro culto, profanados por los hulanos, deliberando entre la vibracion de sus sables y el relincho de sus caballos y viéndose para decidir de la suerte de su pátria, á vista de la hora suprema que les ha escrito con sangre francesa en la pared, la huesosa mano de Bismark: la afrenta!

Imagínese cuánta seria la extrañeza de Gambetta en el momento de recibir esas noticias. El primer rumor vino al Oeste por las correspondencias del Times, verdadera Gaceta del Canciller Imperial. Gambetta se apresuró á desmentirlo. Hacía pocas horas que el ministro de la revolucion acababa de pronunciar un discurso en Lila, conjurando vigorosísimamente á todos los franceses á que pelearan con ahinco, sí, con desesperacion de la propia vida, pero con esperanza firme en la inmortalidad de la pátria. El vigor de la enérgica frase de Gambetta parecía tomar filo y corte en la adversidad, y templarse en las lágrimas que silenciosamente venian á sus ojos para caer, contenidas por su viril ánimo é invisibles á cuantos le rodeaban, como una lluvia de plomo derretido sobre aquel gran corazon. Gambetta decía con razon que un pueblo decidido á vencer no puede ser vencido.

Imposible describir la impresion que en ánimo tan fuerte como el ánimo de Gambetta, produciria la [...]

nacion súbita de las noticias llegadas por la prensa inglesa.

Un rayo hirió su frente cuando el telégrafo le dijo que el gobierno habia ajustado la capitulacion para la capital, y el armisticio para toda Francia. Cuéntase que un ataque epiléptico le sobrecogió y que estuvo en gravísimo peligro su existencia. Burdeos se exaltó como se exaltan los pueblos meridionales, con delirio. Los edificios públicos no bastaban á contener las numerosísimas reuniones en que la suerte de Francia se discutía. Todos unánimes protestaban contra el armisticio y pedian la guerra sin tregua, la guerra á todo trance. Muchas de estas reuniones enviaron sus comisiones á Gambetta para sostenerle en tan amargo trance y alentarlo en su enérgica fé. No pudieron verlo, porque se habia encerrado, entregándose á todo el dolor de su corazon y á todas las meditaciones exigidas por la tremenda responsabilidad que su nombre le imponía ante su pátria y ante la historia.

Supremas horas aquellas. ¿Aceptaba el armisticio? Perdía su significacion política, soltaba de las manos su bandera, desdecía el ideal de su vida, abandonaba la pátria á la misma debilidad mil veces maldecida en aquellas proclamas suyas, cuyos viriles acentos recogerá la historia. Gambetta cree haber merecido que la posterioridad le señale como un francés incapaz de dudar ni un momento de la inmortalidad de Francia. No podía, pues, aceptar el armisticio. Pero si lo rechazaba, la guerra civil sobrevenía, con la guerra civil

la division del gobierno, con la division del gobierno la division del partido republicano, con la division del partido republicano la muerte de la República, con la muerte de la República la muerte de Francia. Horas angustiosas. Aceptar el armisticio era el propio suicidio; rechazarlo era el sacrificio de Francia. En crisis tan extraordinaria y suprema, Gambetta resolvió declarar que la guerra se sostendría rudamente. El armisticio, en su sentir, sólo sería una tregua, y la tregua una escuela de disciplina. Imposible creer que muera Francia. Y Francia votará por medio de sus representantes la integridad de su independencia, la salvacion de su honra, y todos los recursos en gentes y dinero indispensables á salvar estos dos sagrados intereses que todo francés ha recibido en depósito de las pasadas generaciones y ha de trasmitir á las generaciones venideras. Estas eran las últimas esperanzas de Gambetta.

Pero bien pronto volvía á la desesperacion. Lo más triste del caso era que preguntaba al gobierno de Paris particularidades del armisticio, y no recibía respuesta. Decía que viniesen á Burdeos, como habian prometido, algunos de los ministros, y no llegaban. Para mayor confusion y tristeza, el armisticio no se cumplía en el Este. Los prusianos, pretextando que aquellos departamentos les tocaban por la distribucion convenida, perseguían á los soldados de Bourbaky al mismo tiempo que bombardeaban á Belfort, la gran fortaleza de Vauban, último refugio en el alto Rhin de

la bandera tricolor. Los infelices soldados de Bourbaky, después de haber pasado unos dias horrorosos; después de haber recorrido largas jornadas á doce grados bajo cero, sobre la nieve petrífica, casi desnudos, muertos de hambre, porque la furia de los elementos habia cortado todas las comunicaciones; al tocar á la frontera de Suiza, á la tierra neutral, á la tierra de refugio, son cañoneados sin piedad por los prusianos; y mueren á cientos, fuera de combate, sin responder á la agresion, sin haber empeñado ni sostenido batalla, víctimas de una ferocidad increible al mundo civilizado, deshonrosa para ese ejército aleman, que pretendiendo representar la más alta cultura europea, reproduce todas las salvajes iras de la más cruel, de la más implacable barbarie. Las tierras cercanas á Suiza se hallan en aquel momento sembradas de cadáveres.

La ansiedad de Francia es inmensa. ¿Cuáles serán las condiciones de paz que el vencedor imponga á esta tierra tan destrozada, tan profundamente herida? Tal es la pregunta que todo el mundo se dirige en Burdeos.

Gambetta convoca la Asamblea con el propósito de que se niegue á todas las condiciones onerosísimas que se referían, y sostenga la guerra, más gloriosa cuanto más desesperada. A este fin pone en su decreto de convocatoria cláusulas gravísimas. La primera es que ninguno de los príncipes que pertenecen á las varias familias pretendientes de una restauracion monárquica, pueden ser elegidos. Yo apruebo esta cláusula.

Pero Gambetta añadió á esta cláusula otra que yo altamente reprobé entónces. Declaró incapacitados para aspirar á la diputacion á todos los ministros, á todos los senadores y á todos los candidatos oficiales del Imperio. Es una restriccion arbitraria al sufragio universal, que no puede defenderse ni por razones de justicia, ni por conveniencias de política. Si Francia, al verse en el abismo de todas las desolaciones, al ahogarse en el diluvio de sangre que sobre ella ha llovido el cesarismo, al tender la vista mortecina sobre las ruinas amontonadas en su privilegiado suelo y los cadáveres amontonados en las ruinas, hubiera elegido á los viles cortesanos, que después de haberla deshonrado en la opresion, la han vendido á la conquista; Francia, falta de todo instinto nacional, sería un órgano muerto, corrupto de la humanidad; y merecería la suerte de Polonia, merecería que su territorio fuera desmembrado y maldecido su nombre. Yo creo que es injuriar á Francia, que es proseguir la política autoritaria, que es sentar un funesto antecedente ese acuerdo por el cual se votará la República, cual se votó el Imperio, entre listas de prescripciones, que la República no há menester, porque es la expresion de la justicia, y con su luz le basta para vivificar á los buenos y deshacer, como cadáveres insepultos, á los perversos.

El gobierno de Paris envió uno de sus individuos, Julio Simon, á Burdeos, encargándole de promulgar un decreto de convocatoria en el cual ninguna de las

exclusiones de Gambetta era reconocida. Julio Simon no tuvo periódico oficial donde publicar su decreto, porque Gambetta habia promulgado el suyo é impedido el que traian los miembros del Gobierno. En esto Bismark protesta tambien contra el decreto de Gambetta y dice que no se ha decretado el armisticio para traer una Asamblea de ese género, sino una Asamblea libremente elegida por toda la nacion y que á toda la nacion represente. Gambetta escoge la ocasion para sobreponerse al Gobierno de Paris, y denunciar ante Francia, que los excluidos por su decreto son los cómplices de la invasion, los cortesanos de Bismark, los que entregarían cien veces por restaurar su dominacion propia al conquistador en girones la pátria. Pero el Gobierno de Paris al cabo es el Gobierno obedecido, y Gambetta se retira del poder.

¡Pobre Francia! Nunca fué tan grande el eclipse de un pueblo. Miéntras así la nacion vencida se desgarra en las inmensas y riquísimas salas de Versalles, bajo aquellas bóvedas á cuya sombra Francia ha reunido los simulacros de sus glorias militares, coronado por la terrible sentencia de Luis XIV, "sólo el rey gobierna," en la cual se halla contenido todo el absolutismo; los magnates de Alemania han proclamado á Guillermo de Prusia, que presenta todas las insignias imperiales, huesos humanos por cetro, incendio por resplandores, ruinas por trofeos, cráneos apilados que sirvan de gradas á su trono, y oceanos de sangre

en que teñir su manto de púrpura, digno sudario de un pueblo suicida.

Ese Imperio tiene que sentarse sobre el cadáver de un pueblo, y se sienta sobre el cadáver de Francia. Lo único que en esta triste noche de la conciencia humana, á cuyas sombras una grande nacionalidad ha sido asesinada, lo único que nos consuela es pensar que los pueblos resucitan como el Cristo del Evangelio. Ese Emperador Guillermo ha pasado dias de su juventud errante, sin corona, sin pátria, porque otro Emperador, cien veces más conquistador y más glorioso que él, destrozaba el reino de Prusia bajo las herraduras de su caballo de guerra. Y Prusia resucitó, y Prusia se vengó. ¿Por qué no resucitará Francia? ¡Ay, Emperador de Alemania, ay de los tuyos el dia de su venganza!

Y no lo dudeis: de hoy en adelante la política de Gambetta no tendrá más que este sentido, no tendrá más que este objeto: la venganza de Francia.

DELFINA GAY.

Delfina Gay.

(PRIMERA ESPOSA DE EMILIO GIRARDIN.)

Ninguno de cuantos han cultivado las letras en nuestro tiempo, puede olvidar á esta insigne mujer, que por su talento, por su gracia, encantó á toda una época. No debe ser contada Delfina entre los soles de la literatura moderna. Ni atrae á sí planetas, mundos; ni de sí despide la luz de la inmortalidad. Delfina es como a mústia y argentada luna, que derrama pálida luz le reflejo, pero luz siempre poética. Su elegancia en el decir, su delicadeza en el pensar: la ternura del sentimiento, la verdad de sus emociones, y el pintoreso lenguaje en que las comunicaba á sus lectores, hánle dado un puesto envidiable en la literatura moderna del cual no podrán lanzarla, nó, los dos

vicios de las generaciones presentes: la triste ingratitud y el negro olvido.

Delfina escribió poesías líricas, dramas, tragedias, comedias, novelas, folletines, revistas de Paris, con una inspiracion nunca agotada y con éxito pocas veces desmentido. Ninguna de sus obras lleva el sello del génio. Ninguna tiene la perfeccion de las armoniosas obras clásicas. Ninguna esa colosal grandeza, muchas veces desproporcionada y monstruosa, que alcanzó la literatura romántica. Pero en cambio todas son modelos de femenil gracia, todas melódicas, todas propias para dar al ánimo reposo y á la imaginacion dulces encantos.

Hay en Francia un género de literatura que no ha podido aclimatarse entre nosotros, la literatura de salon. Brillan mucho en este género las mujeres, que atraen á su alrededor admiradores con sus gracias, y los mantienen á su culto adheridos con el ingenio y la elocuencia. Una literatura así, por fuerza ha de ser una literatura superficial, aunque al mismo tiempo sea una literatura amena. Hay en ella más ingenio que inspiracion, más arte que puras y verdaderas ideas. Le falta siempre ese profundo sentido íntimo que en tan alto grado posee la literatura alemana, como subjetiva, íntima, profundamente psicológca, engendrada en las entrañas de la conciencia. Un poeta ó un escritor, que se inspira en una tertulia, que pretende el fugaz triunfo del momento, que se paa de la aprobacion arrancada por una rápida y preprada lectura,

al oido, fácil de seducir, convertirá obras, necesitadas para brillar de la luz eterna y del aire libre, en desdichadas plantas de estufa.

La poesía, áun la más subjetiva, es eminentemente social. Así el poeta épico antiguo, como el poeta lírico, tenian por coro todo su pueblo. Las odas de Píndaro se cantaban al son de la música en los juegos griegos. Todos creían oir en los acentos del poeta sus propias ideas, por un lenguaje divino expresadas, para ser recogidas de la posteridad. En el rumor oceánico del alma de un pueblo hay siempre torrentes de inspiracion para un poeta. Por eso he dicho que toda poesía, áun la más subjetiva, es eminentemente social. Pero no confundais la sociedad, al inmortal sér, donde todas las ideas desaguan y donde todas las ideas se forman y condensan, no la confundais con las sociedades artificiales reunidas en los salones. Cuando la tribuna enmudeció; cuando calló la libertad del espíritu; cuando los Césares reemplazaron á los cónsules, y las legiones al Senado, la poesía en el mundo clásico agonizante dejó de ser de la sociedad, para pasar á ser de los salones, y en los salones adquirió esa hinchazon, que era como la hinchazon de un cadáver.

Ciertamente la literatura de los salones franceses no es hinchada. En Francia, como en Grecia, difícilmente se pierde el gusto. Pero si no es hinchada, es ligera, es trivial. No abrireis un libro de la grande época literaria francesa, que se extiende desde el pri-

mero al segundo Imperio, no abrireis un libro, sobre todo de Memorias, en que no se hable de Madama Recamer. ¿Y podeis explicaros hoy el secreto de su fama? Toda su fama proviene de. su salon. Una musa de los salones era Delfina Gay.

Educóse en modestísimo hogar, que casi casi confinaba con la miseria. Su padre habia ocupado una alta posicion administrativa en Aquisgram, anexionada al Imperio francés; mas cayó en desgracia, fué declarado cesante, y desde entónces el trabajo literario de la madre de Delfina quedó como único recurso de la familia. Así criábase y crecía en casa estrecha, donde una misma habitacion servía de recibo, de comedor y de alcoba. Sin embargo, habian procurado sus padres dos oásis en aquella casa: una pequeña terraza en que habia flores y pájaros que distraían y encantaban á la pobre niña; un tocador, donde algunos restos opulentos, salvados del naufragio de su fortuna, se hallaban reunidos y donde escribía Delfina sus primeros versos.

La reputacion literaria de su madre le dió muchos amigos ilustres; su propia hermosura muchos adoradores de todas condiciones. A los diez y ocho años era una perfecta beldad. Cuantos la vieron por aquel tiempo, la recuerdan como una de esas apariciones celestes que vienen á ejercer sobre la tierra todo el mágico poder de la hermosura. Alta, esbelta, flexible, de majestuoso continente, de anchos hombros, de torneado cuello, de esférico cerebro, de largos y rubios

cabellos, que caían como rayos de luz sobre sus espaldas en sedosos rizos, unía á todos estos atractivos personales, su color blanco cual la nieve y sus ojos azules como el cielo. Había en toda su persona una mezcla del tipo inglés con el tipo romano, que encantaba á cuantos la veían. Y á estas prendas naturales juntaba esa amabilidad, que le imponía, no sólo su propio instinto, sino tambien la educacion de una madre necesitada, que libraba todas las esperanzas de una vida mejor en la hermosura y el talento de su hija.

En 1822 envió á un certámen de la Academia su primera poesía, que le dió extraordinaria celebridad Los contertulios de la terraza compitieron todos en alabar á la jóven Musa; confundiendo el entusiasmo por sus versos con la admiracion por su hermosura. En esta poesía cantaba el heroismo de las hermanas de la Caridad, y en otras sucesivas cantó la muerte de Napoleon, la muerte del general Foy, el glorioso alzamiento de los griegos por su independencia, la consagracion de Cárlos X, el regreso á Roma de los cautivos rescatados en la toma de Argel, el dia último de Pompeya con todos sus trágicos horrores, la peregrinacion al cabo Miseno, esmaltado por tantos clásicos recuerdos.

Todas estas poesías revelan más bien las emociones que las ideas. El alma de la jóven es una lira que el menor viento agita, un lago que cambia de matiz al menor beso de la luz. Su corazon, como blanda cera, admite todas las opiniones de su tiempo. No espereis

de ella que tenga accion para imponerse á la conciencia pública é inspirarle el propio pensamiento. No espereis de ella una idea soberana de la realidad. El alma de Delfina es un eco, un reflejo, un matiz, el espacio por donde van pasando las ideas de su siglo, el gran receptáculo que recibe todos los sentimientos, y los devuelve hermoseados por una fantasía, no sublime, pero sí armoniosa.

Tantos tesoros de belleza y de poesía le daban muchos adoradores. Los periodistas consagrábanle alabanzas para recibir en cambio sonrisas. La corte de los Borbones le señaló una pension. Los primeros hombres de aquel tiempo se disputaron su amistad. La fama pasó los Alpes, los Pirineos, el canal de la Mancha y el Rhin. Un viaje por Suiza fué viaje triunfal. Otro por Italia la confirmó en la idea que tenia de la difusion de su nombre y de su gloria. Tantos privilegios debian procurarle un gran matrimonio. Varias amigas suyas y de Cárlos X pensaron sériamente en procurarle un secreto enlace con el rey, para que pudiese ser una especie de Madama Maintenon de este nieto de Luis XIV. Cárlos ya habia convenido en ello, cuando los cuidados del trono le apartaron de los cuidados del matrimonio. Un rico banquero pidió su mano, y rehusó entregársela. Un ilustre caballero romano se enamoró de ella, y ella se negó al matrimonio, diciendo que no quería casarse sino con un francés. Iba á sus reuniones un hombre extraordinario, á la sazon sin nombre ni fortuna, Emilio

Girardin. Con él se casó aquella mujer tambien extraordinaria.

Desde aquel momento, entró en la tempestuosa vida de su marido, en aquellos remolinos de ideas y de negocios, de empresas mercantiles y empresas políticas, de aplausos y desafíos, de escritos y de accion, de luchas y victorias, de fervientes amistades y reñidos combates, donde unas veces parecía tocar el cielo del poder y de la gloria, miéntras rozaba otras veces con el borde oscurísimo de insondables abismos.

Su marido trajo, no solo una revolucion al estilo periodístico, sino tambien una revolucion á las condiciones económicas de la prensa. A fuerza de carteles, de anuncios ambulantes, de combinaciones financieras, de esfuerzos gigantescos para extraer oro á las entrañas de la sociedad que ocultan el oro como las minas, Emilio Girardin reunió millares de lectores á sus periódicos, consagrados á llevar diariamente nuevas sensaciones al ánimo hastiado del público francés. Delfina contribuyó á este éxito con sus folletines preciosísimos, verdaderos monólogos de salon, donde la crítica urbana, el epígrama culto, la palabra de doble sentido, el chiste de buena ley, los primores todos del ingenio, cautivaban á la generalidad de los lectores y revelaban una nueva manera y un nuevo aspecto de aquel brillante espíritu.

Acostumbrada al combate esta amazona de la prensa, enamoróse de la accion. Hay dos arenas en la literatura, donde ó se triunfa ó se muere. Es una la

elocuencia; es otra el teatro. Ahí no caben las reputaciones artificialmente construidas por la amistad ó por la intriga. No se triunfa de todo un público sino por el mérito. La audacia de su marido, á quien amó y admiró siempre, le prestó audacia. La amistad de Raquel, que dominaba la escena con su génio, la alentó y la mantuvo en su propósito. Tuvo muchas derrotas en este género de literatura. Mas tambien tuvo dos ruidosísimas victorias; una en la tragedia clásica, en aquella *Cleopatra*, que parecía resucida de su tumba de Egipto, y la otra en aquel apólogo hermosísimo de *Joie fait peur*, en que su alma de mujer se revela en toda su intimidad, en toda su delicadeza y arranca esas lágrimas que forman los diamantes eternos de la corona del génio.

En el zenit de la gloria, en el colmo de la fortuna, querida de sus amigos, respetada de los adversarios, que la política habia dado á su familia, cuando su ingenio dominaba más, cuando su talento llegaba á la madurez, una tísis consume las fuerzas de la pobre Delfina, extingue su existencia, y en estrellada noche de Junio, mirando desde la cámara donde habia sentido tantas veces la mística visita de la inspiracion, mirando el cielo y los mundos, que centellean, se duerme para siempre con la sonrisa en los lábios, como si hubiera subido de esta vida á otra vida por la escala invisible de una divina armonía.

MADRID, 1871.